

SIETE LLAVES

Centro Lusitano de Unificación Cultural

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN



Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo
Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
Libros de Luz: <http://librosdeluz.tripod.com>

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
VIDA
MUERTE
AMOR
DOLOR
TRABAJO
SALUD
PAZ

INTRODUCCION

Vida, Muerte, Amor, Dolor, Trabajo, Salud y Paz, son indudablemente , cuestiones-clave con las que la Humanidad se enfrenta desde hace milenios y milenios y que resumen muchos de sus problemas y anhelos.

En ese fundamento, encuentra justificación el presente libro, que aborda – sin pretender agotarlos – los mencionados siete temas.

Oscilando entre una mayor sencillez – por ejemplo, los capítulos del Dolor y de la Paz – y una mayor complejidad – los capítulos de la Vida o de la Salud – tiene esta obra por objetivo transmitir consideraciones útiles y, principalmente, inspiradoras, que puedan ayudar a muchos en el Camino de la Evolución, de la Sabiduría y del Amor. Esperamos que ese fin pueda llegar a ser alcanzado.

Este es un libro de autoría plural o colectiva. Pero en vez de nombrar a sus identidades individuales, sus autores prefieren consignarlas en la luz en que, sostienen, fue escrito:

**(Bajo la inspiración de la
Nueva Manifestación Crística)**

VIDA

Aunque exista una ciencia material llamada Biología – etimológicamente, la Ciencia de la Vida - ¿quién, en el mundo de los hombres comunes, puede decidir lo que es, verdadera, esencialmente, la Vida? ¿Quién, jamás, la pudo definir, no por algunos de sus efectos o manifestaciones, sino por aquello que realmente es?. La Biología y otras ciencias comunes constituyen esfuerzos dignos y útiles, sin duda; sin embargo, no describen, explican y definen más que una parte de las manifestaciones más externas de la vida.

Sin embargo, hay una ciencia de la Vida interior que (no ignorando el mundo externo) sigue el hilo del origen de todas las cosas en una extensión incomparablemente mayor y que, por tanto, proyecta una luz mucho más amplia y clara sobre el Misterio de la Vida o del Ser. Esa ciencia es el esoterismo. Esperamos el día en el que en esa Ciencia Universal se resuman todas las ciencias menores y separadas; el día en que en esa Sabiduría sin Edad se reconozcan todas las religiones y filosofías que proceden de ese tronco común; el día en el que en esa fuente inagotable de inspiración, de analogías y correspondencias, se fundamenten todas las Artes.

El Esoterismo – la Sabiduría Eterna – no es, pues, el dominio de todas las supersticiones que muchos creen y algunos (demasiados) consienten; no trata de las cuestiones de “pasar o no debajo de una escalera”, de “dejar la maleta atrás o delante”, de brujerías, de ropas y gestos rimbombantes o poses y modos extraños; no radica en las pobres temáticas de “tener suerte en la vida”, perjudicar a alguien y hacer dinero o tener éxito con base en trueques y artificios. Comprende la más completa ciencia de la Vida – en sus diversas vertientes, canales y expresiones – y, predominantemente, en el actual ciclo evolutivo, la ciencia del alma de todas las cosas.

Vida es la existencia **de per si** – incondicionada y sin atributos. Es el Ser – no un Ser. Es la Divinidad sin límites.

De ella (o mejor en su seno) proviene o se evidencia, cíclicamente, una dualidad polar, dos aspectos esenciales que se desdoblán y que prodigan y protagonizan la Manifestación: El Espíritu y la Materia (o substancia matricial del Universo).

El Espíritu se plasma en la Materia, la fecunda y se exterioriza por medio de ella. De esa relación entre el polo Espiritual (o positivo) y el polo Material (o negativo) de la existencia universal, emerge y se amplía progresivamente un tercer factor: la Consciencia o Alma. Tanto en el Universo como en el Hombre, el Alma es

el factor mediador o el eslabón entre Espíritu y Materia; es el principio atractivo y cohesivo que mantiene unidas las formas, posibilitando así que el Espíritu se pueda expresar a través de ellas.

En el Espíritu reside y de él proviene la simiente o potencialidad de la consciencia; la materia constituye y propicia el campo para el florecimiento y expansión de la consciencia, desde las más incipientes etapas, pasando por la autoconsciencia característica del ser humano hasta, un día, alcanzar la Consciencia Divina. Visto desde otra perspectiva, diremos que en polo espiritual se contiene la Consciencia Una o la Consciencia indiferencia del Uno; a través del polo material, se realiza la consciencia en las partes y de las partes; a través de su unión, se alcanza la Consciencia del Uno y, de ese modo, el Espíritu se vuelve consciente de sí mismo al proyectarse en el espejo de la materia. Ello representa la consumación de la Evolución Universal.

Tenemos, así, la Trinidad Esencial de la Vida Cósmica: Espíritu, Materia y Consciencia o Alma (el mediador entre el Espíritu y la Materia); Padre, Madre (fecundada o activada por el Espíritu Santo) y el Hijo que ésta da a luz y que representa y revela el Padre en el mundo, siendo, por eso, el Mediador o el Camino por el cual todos hemos de pasar en el regreso a la Divinidad. El Espíritu o impulso Creador es la chispa eléctrica palpitante; la Mater-Materia, la substancia inflamable en que aquel incide; el Hijo o Verbo, es el fuego que se enciende y que, cuanto más consume la materia, más plenamente llega a ser la Luz del Mundo.

La Vida, como principio Universal y Absoluto, es inherente a todas sus expresiones finitas (temporales y especiales) y comunica su potencia y sus virtualidades a todas las diferenciaciones que emergen y habitan en Sí.

Metafóricamente, diríamos quizás que la Vida es Dios, El Espíritu, Su Aliento; la Materia, el Acto de Respirar; La, la Consciencia, el resultado del Respirar de ese aliento. Podemos entonces añadir que el Aliento Divino es el principio Viviente que da “nombre” (razón, significado) a todo lo que es, sustentando toda y cualquier Manifestación finita. En verdad, el reflejo más próximo de la Vida (o Primer Móvil) es el Espíritu.

Las modificaciones que el Espíritu (prototipo vital, que se refleja y plasma impresiones repletas de todos los significados) opera en la substancia, son comunicadoras de cualidades que esta aprehende, incuba, expresa y potencia en infinitas cambiantes, en las más distintas formas materiales.

La forma es tan sólo un modo de “estar” o Ex-istir del Único Ser (el Dios Uno): es tan solo la disposición específica de aglomerados de partículas o expresiones de la vida: De la Vida Una – del Imno de la Naturaleza -, tan solo su expresión o manifestación externa es divisible y disoluble.

Las formas (o expresiones materiales) son, pues, las vestimentas, los vehículos, los envoltorios o las máscaras de la Vida y del Espíritu. En los mundos finitos, somos meras expresiones desvirtuadas y distantes del Yo Universal – del “Yo Soy Aquel Que Soy” – de todos los universos y formas incontables – que en lo íntimo de nosotros permanece, llamándonos de retorno al origen (al final, el regreso de los Hijos de Dios a la Casa Divina), con todo cuanto aprendemos en la peregrinación de los mundos.

Cuando ello estuviere consumado, en el Universo y en todos los seres, toda la manifestación vuelve a subsumirse en lo inmanifestado, en la Realidad Absoluta. Sobreviene entonces un periodo de reposo, una Noche Cósmica (o Pralaya), antes que un nuevo ciclo, un nuevo día de manifestación universal se inicie.

A través de sucesivos ciclos de Días y Noches Cósmicos, las miríadas de seres que, en el Período de Manifestación, se diferencian en la sempiterna Esencia Divina, van alcanzando siempre mayores – e inimaginables – cumbres de realización, de inexpresable alegría o bienaventuranza, de comunión de todas las unidades divinas (o mónadas) en el Uno Divino que está en todas. Estamos refiriéndonos a prodigiosos niveles de abstracción y, para algunos de vosotros, quizás esto sean tan solo palabras. En ese caso, deberán, más tarde volver a leer y reflexionar – por ejemplo, después de leer todo este libro. No obstante, para otros, estas afirmaciones podrán ser, al menos, inspiradoras.

La Vida se manifiesta como energía; todo cuanto existe está constituido de energía, en diferentes padrones característicos o cualitativos (como los colores en que se diferencia la luz una), en diferentes frecuencias vibratorias, en diferentes combinaciones e interrelaciones.

Desde la velocidad vibratoria de la Energía en su estado más puro y original (cuando la Vida emerge del Seno de lo Absoluto o Inmanifestado), velocidad tan multiexponencialmente elevada que vuelve coincidente el Pasado y el Futuro (en un Eterno Ahora), hasta el movimiento vibratorio, comparativamente mucho más bajo, de las partículas energéticas de que son formados los átomos físicos, existen innumerables graduaciones y subgraduaciones, dando origen a los diferentes mundos o planos (y subplanos) de que habla la Sabiduría Esotérica.

Ahora, sin dogmatismos – y, también con la maleabilidad suficiente para reconocer las mismas nociones fundamentales presentadas con otra forma o apariencia – importa comprender y difundir el conocimiento de esa realidad. En efecto, constituye una concepción en cierto modo pueril (y, por enternecedor que pueda ser todo cuanto aún es infantil, esa es una fase que no podemos eludir, de trasponer) la de dividir el Universo, prácticamente en mundo físico y “Mas Allá” – aunque, en cuanto a este se hable de “infierno” (algo inexistente, además), “Purgatorio” y “Cielo” o “Bajo Astral” y “Alto Astral”.

Al plano o mundo más elevado, aquel en el cual la Vida se manifiesta en estado más puro, aquel en el que la energía vibra en las más elevada velocidad (correspondiente al primer movimiento de manifestación de la Realidad Absoluta), podemos llamarlo, por excelencia, el Mundo Divino. En verdad, todos los mundos son divinos, pues todos están contenidos en la esfera de manifestación de la Divinidad, correspondiendo alas “muchas moradas que existen en la Casa del Padre”, según las palabras de Jesús, hace dos mil años. No

obstante, el más elevado de los planos – y aquel en que Dios más perfectamente se puede reflejar – justifica más que cualquier otro el nombre “Divino”.

A continuación, viene (se desdobla) el plano monádico, cuya energía, siendo de altísima frecuencia vibratoria, es, empero, de menor velocidad que la del Plano Divino. Después, por orden decreciente tenemos los siguientes mundos o planos, átomico o de la voluntad espiritual; intuicional; mental; emocional o astral y, finalmente, el físico, que es el más bajo de todos, aquel en que la energía universal adquirió mayor materialidad, densidad u “opacidad”, aquel cuyas partículas tienen un movimiento más lento y “pesado” y donde, por tanto, más difícilmente se puede manifestar la Gloria y el Poder Divinos.

Cada uno de estos siete planos o mundos se subdivide – a su vez – en 7 subplanos y, en rigor, pueden aún considerarse sucesivas subdivisiones septenarias. Ello, no obstante, es relativamente desprovisto de interés para la comprensión genérica que aquí procuramos demostrar.

Todo esto, que a algunos puede parecer complicadísimo e inverosímil, tal vez sea aclarado si recordamos los fenómenos de sublimación, condensación, licuefacción y solidificación que conocéis en el dominio físico: la misma substancia-energía que, por ejemplo, se presentaba como un bloque de hielo puede pasar al estado líquido, al derretirse; si aceleramos aún más la frecuencia vibratoria de las partículas atómicas que la constituyen (por medio del calor), el agua pasará al estado gaseoso. Y el fenómeno de sentido inverso puede también acontecer. El Universo es mucho más amplio de lo que la parte sensorialmente aprehensible conoce y hay muchos más mundos más allá del físico; sin embargo, en el Universo total, es una misma energía la que, bajo condiciones diferentes, se presenta en distintos grados – a semejanza del proceso antes descrito en términos de materia física.

Cada plano consiste, pues, en una delimitación formal ateniéndose a las diferentes características vibratorias de la energía-substancia que lo constituye. Desde otro punto de vista, podemos igualmente decir que los diversos planos se distinguen por los diferentes resultados de la relación entre Espíritu y Materia, que en todos ellos se realiza; en resumen, por las creaciones, capacidades cognitivas y, en suma, por el tipo de consciencia que en cada uno de ellos es posible experimentar, desarrollar, manifestar. Cuanto más elevado es el plano, más amplia, más luminosa, más límpida y más omniabarcante (o unitaria) es la consciencia que en él es posible vivenciar.

El Ser Humano, en su sentido integral, reflejo microscópico del Universo, reproduce en sí ese mismo proceso. Por eso, existen en él la energía de Vida correspondiente a cada uno de esos mundos. En otras palabras, el ser humano constituye una realidad y detenta principios y cuerpos (o vehículos de expresión) compuestos de energía o substancia con las características propias de cada uno de esos diversos mundos.

Así, el Ser Humano tiene un cuerpo físico – llamado en la Ciencia Esotérica, cuerpo físico denso, por razones que se expondrán a continuación -, formado de material del mundo físico, en sus estados sólido, líquido y gaseoso. A través de ese cuerpo (el único mensurable por los sentidos comunes), puede el Hombre actuar y expresarse en el plano físico.

Como vimos, cada plano o mundo, comprende, a su vez, siete subplanos o estados, aconteciendo ellos también en el mundo físico. Además de los estados sólido, líquido y gaseoso, existen otros cuatro estados o subplanos de substancia física (los llamados cuatro éteres) que, en su conjunto, conforman el cuerpo (físico) etérico. Este, constituye no solo la matriz (o el molde) a partir del cual es decalcado, precipitado o conformado el cuerpo físico denso, sino que le sirve también de canal de afluencia de la energía vital de los mundos suprafísicos.

De la substancia del plano emocional (o astral), está formado el cuerpo astral de cada ser humano. Por medio de ese vehículo, puede el Hombre expresarse en términos de deseos, de emociones y de sentimientos personales.

A su vez, de la substancia de los cuatro subplanos inferiores del mundo mental, está compuesto el cuerpo mental de cada Hombre. A través de él, el ser humano se expresa en términos mentales. Es ahí que tienen origen sus pensamientos y no en el cerebro, que es un mero mediador (perfectísimo, es cierto) en el cuerpo físico.

Es a través de estos cuatro cuerpos que el alma humana se exterioriza o manifiesta – o sea, de lo más sutil a lo más denso o externo: el cuerpo mental, el cuerpo emocional, el cuerpo etérico y el cuerpo físico denso. Tal manifestación es cíclica, a imagen y semejanza de la manifestación cíclica de los universos. Periódicamente, el alma encarna en ese cuaternario, en que se consubstancia a la personalidad.

Personalidad deriva de “persona”, la máscara que los actores usaban en el Teatro de la Grecia Antigua. Así la personalidad – cuerpo mental, cuerpo emocional, cuerpo etérico y cuerpo físico denso – es la máscara, la(s) vestimenta(s) que el alma usa en cada representación en los mundos más materiales.

De la misma forma que un actor representa sucesivos papeles, encarnando diversos personajes, de los cuales, no obstante, es distinto, también el alma se sumerge en vidas sucesivas en los mundos materiales (o mundos de la personalidad). Cada una de esas vidas es lo que se llama reencarnación. El alma es la misma en cada reencarnación; la personalidad, cambia de vida en vida. El alma es perenne; la personalidad – la naturaleza formal o corporal – esa es mortal, pues es un mero instrumento del alma, para cada particular encarnación.

Un instrumento es un medio que se utiliza para alcanzar un fin. Preguntaréis, lógicamente, cual es el fin que el alma debe alcanzar con las sucesivas (o cíclicas) encarnaciones o existencias materiales. En efecto, las sucesivas encarnaciones tienen un objetivo y una meta – como todo en el Universo. No representan una simple

modo incosecuente de “pasar el tiempo”, no son, en sí mismas, un fin, sino un medio para alcanzar el verdadero fin. Ese verdadero fin es la recogida de experiencias, de múltiples experiencias en múltiples condiciones – de las cuales el alma pueda extraer el aprendizaje y metabolizar las cualidades que le permitan activar todas sus potencialidades y expresar (esto es, reflejar) en los mundos materiales la gloria de las alturas espirituales. Cuanto tal camino de purificación evolutiva hubiese sido completado, el alma no necesita ya más encarnar. Entonces su ciclo encarnativo, que se desdobló en innumerables existencias cíclicas, se habrá cumplido; el alma encontrará su liberación y su plena realización y acabará por consumarse en un todo mayor: la Mónada o Espíritu.

Efectivamente, el alma (o yo superior) está constituida por la mente superior o abstracta, por la intuición (Principio búdico o Crístico) y, en un cierto sentido, por Atma o Voluntad Espiritual. El cuerpo mental superior, es conformado por átomos de los 3 niveles superiores del plano mental y, por su intermedio, puede el hombre expresarse en términos de pensamiento abstracto, de conceptos globalizantes, de ideas arquetípicas o sintéticas. Por la fuerza de su principio intuicional, vibrando en el plano respectivo, él tiene en sí la capacidad cognitiva intuitiva – la razón pura – que le permite aprehender, por comunicación directa, la verdad o naturaleza íntima de los seres, de los fenómenos, de las situaciones o de las cosas, y vivenciar un amor transpersonal, desinteresado, inegoísta y dirigido al Todo en cada una de sus partes – y no tan solo a algunas partes o personas. Cuando el principio átmico (o de la voluntad espiritual) es despertado, él permite afirmar la plena Voluntad al Bien, usar el Poder de la Vida Divina y realizar una plenitud de Ser. Eso, no obstante, se encuentra ya mucho más allá de las más elevadas vislumbres del hombre común actual y, por eso mismo, no existen palabras capaces de expresar tan excelsos niveles de realización espiritual.

Cuando la mente concreta se hubiera vuelto un perfecto reflejo de la mente superior, los sentimientos personales reflejasen lípidamente un amor universal y la acción física fuese una consciente y poderosa expresión de la Voluntad al Bien, el trabajo del alma, a través de sucesivas personalidades, en sucesivas encarnaciones, estará terminado. La(s) personalidad(es) dejarán de ser necesaria(s) como vehículo de aprendizaje. El alma humana irá a sublimarse en un Todo Mayor, la Mónada o Espíritu, de que era mediadora en términos de relación con los mundos inferiores. Ahora, completada su peregrinación por los mundos de la forma, ya no es más necesaria esa “intermediación”. El propio cuerpo permanente del Alma – el cuerpo Causal – es destruido y las cualidades que él almacenaba (desarrolladas a lo largo de muchas vidas) son absorbidas por la mónada humana.

La mónada es la esencia espiritual pura, la unidad divina inmortal, el verdadero Yo Divino, que se exterioriza a través del alma (ego o yo superiora) y, por su intermedio, recoge las impresiones de los mundos inferiores, en la larga andadura a la que ya aludimos. (En verdad, en términos esenciales, el alma es para la mónada lo mismo que la personalidad es para el alma, según ya fue repetidamente informado en varias obras).

La mónada es una chispa del Fuego Divino, una gota del Océano de la Divinidad que contiene en sí todas las potencialidades de ese Gran Mar de Vida y de Ser – el Mar de Fuego como algunos le llamaron. En su propio plano – el mundo monádico – es prácticamente omnisciente; pero, por ser inconsciente en los otros planos inferiores, necesita incidir en ellos, reflejarse en ellos, interactuar en ellos, a fin de expandir su campo de consciencia, de desdoblar y actuar sus poderes latentes para, al final de ese ciclo de manifestación, ser acrecentada la Gloria del Uno, el fulgor de la Eternidad.

Así, el Hombre integral es una Unidad – la Mónada – que se desdobla en una Trinidad:
Espíritu o Mónada;
Alma o Yo Superior;
Personalidad o Forma.

Esta Trinidad, a su vez, se desdobla aún en un Septenario:

Mónada;

Principio átmico.
Principio intuicional y
Mente Superior (que constituye el Alma);

Cuerpo mental concreto,
Cuerpo emocional y
Cuerpo físico, etérico y denso (que constituyen la personalidad, la forma o Naturaleza Corporal).

Teniendo el ser humano vehículos de expresión en todos esos planos o mundos de manifestación universal, su destino es mucho más glorioso del que se advendría de una existencia únicamente confinada al mundo físico. Entre tanto, y al mismo tiempo, su responsabilidad es igualmente mucho mayor ante la Vida.

De hecho, cada uno de vosotros debe ponderar no solo las consecuencia de los actos físicos – lo que ya os es evidente – sino, también, los efectos producidos, en el plano mental y en el plano emocional, por vuestros pensamientos y sentimientos, respectivamente. Si pensaseis y sintieseis en consonancia con las Leyes Divinas, estaréis contribuyendo a expandir la Luz en los planos mental y emocional y condicionando

positivamente las influencias que los intelectos y los cuerpos astrales de todos los demás pueden recibir del ambiente psíco-energético en que están envueltos. Sucede lo contrario, si vuestros pensamientos y emociones fuesen de tenor egoísta, odioso o, de cualquier modo, separatista.

Todos y cualquier pensamiento (o sentimiento) vuestro se refleja en el Todo e influye en la atmósfera psicológica del planeta. *Todos* y cualquier pensamiento vuestro ayuda a moldear la disposición temperamental de esa atmósfera colectiva. Todos y cualquier pensamiento vuestro actúa coloreando la naturaleza fundamental de la especie humana. Todos y cualquier pensamiento vuestro es un ladrillo en el colosal edificio del Universo, que tiene por detrás la Vida Divina en Manifestación – este es vuestro Cielo, que en la Tierra tenéis de erigir.....

Cada pensamiento, cada sentimiento, cada gesto, con su característica vibración, imprime en la substancia-madre del Universo (en sus diversos planos) su nota propia, indeleble y evocativa de equivalentes y resonantes padrones vibratorios, a su vez determinantes de formas constituidas en la misma gama vibratoria.

Por imperceptible y no mensurable que sea a los ojos del hombre común (por lo menos, en el presente), todo acto, sentimiento o pensamiento que afecta a una unidad de vida, un ente humano, por ejemplo, afecta inevitablemente al tronco común de la Humanidad. Es una verdad axiomática que la parte no podrá nunca disociarse del todo; si ello fuera posible, el equilibrio de las fuerzas que modelan y estructuran el Universo se desmoronaría, con inmediato efecto de disolución de las formas materiales – que se mantienen unidas y sostenidas por la impregnación del Alma Universal, en la cual comulgan todas las almas individuales.

Aunque no podáis ver la consecuencia de muchas de vuestras acciones – físicas, emocionales o mentales -, si os fuese inteligible el principio que subyace en este riguroso mecanismo, podrías ponderar y perspectivar que el más pequeño pensamiento o la menor de las acciones deben ser cuidadosamente observados, perfeccionados y responsablemente llevados a cabo, teniendo en cuenta su efecto global, sus consecuencias en términos del Todo.

En verdad nuestro pensamiento aparentemente más insignificante puede, por espantoso que parezca, determinar la radical modificación del rumbo de los acontecimientos colectivos y, por tanto de la propia Historia.

Cualquier pensamiento o acción vuestros dirigidos a otro ser podrá, eventualmente, trazar una nueva dirección determinante e infringirle un desvío en el curso de una predisposición propia (que se proyectaría en un futuro). Puede, por ejemplo, hacer germinar en ese ser nuevas tendencias (combinadas) que, expandiéndose y repercutiendo en un vasto futuro, en generaciones futuras, podrán consolidarse y originar definidas convenciones, hábitos sociales y direccionamientos de los asuntos humanos. Así, cada actitud, física o psicológica, constituye como el vértice de una nueva línea, o mejor, de un nuevo haz de fuerza, tejiendo y determinando siempre nuevos haces direccionales (deseables o indeseables): plasma y concretiza posibilidades (que vuestra elección volvió activas y vivientes), cual simiente genésica portadora de la potencialidad de mundos, de tipos, de especies, cuya consecuencia y proyección en el tiempo y en el espacio no podréis, en toda su inmensidad, prever ni medir.

Frente a estas consideraciones, seguramente que encontraréis motivos suficientes para cuidar mejor vuestro encuadramiento colectivo. Esta es una época de florecimiento, de una madurez mayor de vuestras consciencias. Todos los hombres y mujeres están, pues, invitados a edificar consciente y responsablemente el futuro común de la Humanidad y del Planeta que habitan.

Podemos direccionar y hacer corresponder nuestro “hilo de vida” (que continuamente vamos tejiendo) con el curso de la corriente evolutiva global – la vía inherente al alma, la línea de fuerza ascensional, semejante a un carril magnético que se reabsorbe a sí mismo y que nos transporta de regreso, en el camino hacia la Fuente Divina.

Esa corriente evolutiva se potencia y se engrandece progresivamente en el transcurso de la Manifestación Universal, acelerando gradualmente el proceso de Consciencia en todas las miríadas de formas o vehículos del Ser, a expensas de la dinámica químico-magnética más extraordinaria que el Hombre pueda jamás concebir: el milagro de la transformación gradual de la substancia-sombra (o materia) en Luz, la transformación del “pasado” en “futuro”. La consubstanciación de lo transitorio en Eternidad. Al final, es éste el camino de la reasunción o regreso a la fuente cósmica, al Sol Espiritual, al Yo Divino de todos los “yos”.

La verdad es el don inmortal del Espíritu. Despertaos, despojaos de los superfluo, liberaos de las telarañas de la ilusiones por vosotros mismos construidas y encontraréis el Verdadero Ser.

Buscad la sencillez y os aproximaréis a lo Divino que hay en vosotros. En lo profundo del corazón, en la entraña de vosotros mismos, habita el Dios que tanto buscáis y, en su seno, y en el balanceo de sonidos armoniosos, oiréis canciones nunca soñadas que cuentan la historia sublime del nacimiento de un niño – la luz del Mundo, emergente del Amor entre el Padre Divino y la Madre Universal.

Buda, el iluminado, decía: “La Verdad es un poder activo para el Bien, indestructible e invencible. Cultivadla en vosotros, en todo lo que de vosotros emana – porqué la Verdad el Bien Salvador. Solamente la Verdad salva del pecado (del error) y de la miseria”.

La Vida, portentoso impulso creador, impregna todo el Universo – si, todo el Universo palpita de vida – a vuestro alrededor y dentro vuestro. Usad ese poder creador con que estáis dotados en lo íntimo de vuestro Ser y él hallaréis la más digna, noble y constante alegría, si lo hicieseis de acuerdo con las Leyes Divinas de Equilibrio, Armonía, Justicia y de Evolución para el Bien, liberación, expansión y desdoblamiento de la Luz. *Cread* con amor es mucho más digno de bendiciones que los ostentadores de espiritualidad, que los fingidos beatos que desvirtúan la esencia de la Religión.

La creación, cualquier acto de creación, implica siempre la participación del Ser real, que está más allá del pequeño yo de la personalidad involucrada o encarnada – el terminal último de ese Ser real.

Para crear, se requiere una determinada tensión eléctrica; el disparo de una chispa – del Fuego Divino – que va a incendiar la materia-prima de la Obra a realizar y la vincula al Impulso y al Propósito que le dará vida. Es necesario, en resumen, un proceso semejante (análogo) al de la creación universal. Podéis y debéis adoptarlo, pues fuisteis creados a “Imagen y semejanza de Dios”. (Génesis, 1,26).

AMOR

El Amor, simultáneamente causa y efecto de la Vida y de la Muerte, es verdaderamente el Alfa y el Omega de los universos manifestados y su trazo indisoluble de unión. Es el Manto de Gloria Divino, el Esplendor de la Unidad, de la fuerza dinámica de la Vida.

Por él todos los Universos vienen a la manifestación y por él son absorbidos, en el final de cada Día Cósmico, en el Seno del Gran Todo. Es, si, el Amor el que hace descender el Espíritu a la Materia, para que a través de esa gran unión cósmica – del Padre y de la Madre Universales – se manifieste el Amor del Todo en muchas, en todas las partes; es también el Amor el que impulsa el regreso de las partes al Uno, el reencuentro de la objetividad y de la subjetividad en el Absoluto, la respuesta de las criaturas al Llamamiento de la Divinidad, la Gran Re.Unión en la plenitud del Todo.

La existencia del Universo y su consumación evolutiva representan, verdaderamente, el triunfo del Amor. Por eso y para eso se desdobra la Vida del Ser Divino.

Porque así es, deberéis beber el Amor en toda la Naturaleza, procurarlo y vivirlo en todas sus expresiones de Vida. Solo así tocaréis la esencia y no tan solo sus formas más desagradables y reflejas. De ahí adviene el verdadero y puro amor impersonal – que os permitirá, no obstante, amar inmensamente cada pequeña cosa y cada ser.

Fue ya dicho: “El Amor es la continuidad de la consciencia” (Simientes y Perlas)... El Amor es consciencia que se expande hasta la continuidad del Todo, (En el Templo del Espíritu Santo). Estas son afirmaciones de profundo significado y sobre cuya importancia y sus infinitas implicaciones pocos habrán ponderado lo suficiente. Creemos que haríais bien en meditarlas mejor.

Realmente, los seres aman cuando – o porqué – su consciencia no se confina y termina en sí mismos sino se expande, adelantándose hasta incluir otras realidades, otros seres, otras palpaciones de Vida. Cuanto más profunda y enteramente esa consciencia abarca o integra en sí cada ser y cada realidad, cuanto más amplios son los círculos de envolvencia de esa consciencia (comunicándose así con más seres y realidades) mayor y más amplio es el Amor.

El Amor, es, pues, no solo ilimitado sino, también, progresivo, en la justa medida en que cada unidad va tomando consciencia de otras expresiones más de Vida y va profundizando, en cada una, esa incidencia penetrante (y ello constituye un proceso inagotable y nunca acabado).

Subyacente al Amor está, asimismo, la existencia de comunicación entre diferentes expresiones de Vida. Sin embargo, si bien es verdad que el Amor implica algún tipo de relación (entre los innumerables modos posibles), no es rigurosamente exacto que la relación entre dos seres sea sinónimo de Amor. Ni todos los casos son expresiones auténticas de Amor, aunque representan siempre, por lo menos, reflejos muy distorsionados (o hasta invertidos, cuales sombras) de un impulso omnipresente de Amor.

En efecto, para que en un relacionamiento se pueda verdaderamente hablar de Amor, es necesario que exista alguna fusión esencial, una donación y una entrega – no por esclavización o alineación, sino en plena consciencia – que permitan la unión, al menos hasta cierto punto, a la intimidad del otro polo de la relación; es necesario que exista alguna abdicación de sí mismo para aceptar el particular (digámoslo así) en un todo mayor, en un yo más amplio.

MUERTE

La Muerte es tan solo una de las fases o de los sentidos del movimiento de la Vida. La vida es más amplia que la muerte y, por eso, esta no existe fuera de la Vida, no la puede negar ni hacer cesar sino, tan solo, alterar las condiciones y formas por las cuales se expresa. Incluso en esa alteración, la muerte es un instrumento de la Vida.

Nada existe en el Cosmos que no sea expresión de Vida (hay más formas de vida que aquellas que la Ciencia materialista considera como “seres vivos”). Todas las formas visibles – y también las invisibles a vuestros ojos – incluso las que os parecen inanimadas, como los minerales, son producto del formidable y prodigiosamente prolífico impulso creador y expresante de la Vida.

Veis la muerte a vuestro lado, todos los días, en el transcurso natural de las cosas, y ellos no os impresionan, porqué la observáis, precisamente, como un acontecimiento natural, como una fase del ciclo de la Vida. Solo la muerte humana os aterroriza, porqué formulaciones religiosas distorsionadas la desligaron de la analogía con una de las fases del fluir de toda la Naturaleza y, así, la llenaron de sombras, de un sentimiento de pavor por

los desconocido. Más tarde, se añadieron las concepciones materialistas que, disecando y, tantas veces, violentando la Naturaleza, se olvidaron de amarla y, por eso, pasan al lado de su alma, de su realidad íntima, de su esencia inextinguible.

La noche “mata” – diariamente – los días y, con eso, no se extinguen ni el Sol ni los días. En la aurora siguiente, el día vuelve a irrumpir y, al final, la noche (la muerte) no fue más que una fase cíclica de un día, alterando su visibilidad, pero no pudiendo impedir que él se renueve y resurja. En determinada fase del año, las hojas son arrancadas de los árboles y éstas se subsuman a su naturaleza permanente; en otras fases del año, nuevas hojas nacerán en el mismo árbol y éste continuó siendo aquel mismo árbol, aún cuando la muerte sobrevino a las hojas – no al árbol. También aquí la muerte es manifiestamente una fase de la Vida – y no atemoriza ni aterroriza, ni constituye un misterio insondable.

Vosotros que sois una de las miríadas de expresiones de la misma Vida que penetra toda la Naturaleza, entenderéis, claramente, la muerte, relativizándola por lo que es, si entendéis en vosotros el mismo curso natural y cíclico. En verdad, los seres humanos, como todos los seres que pueblan los mundos, reproducen microscópicamente los grandes movimientos, los grandes ritmos del Universo.

En el inicio o nacimiento de un gran Día Cósmico o Universal de Manifestación, el Ser redesperta para la objetividad, nuevamente diferenciándose en Espíritu y Materia, y la Vida descendiente se infunde en grados crecientes de densidad material, generando mundos dentro de mundos y formas sucesivamente envueltas por otras formas más densas.

Alcanzando el vértice máximo de materialidad, la Vida empieza, lentamente, a descartarse de las formas y mundos materiales – primero de los más densos; después, sucesivamente, de los más sutiles. Finalmente, todos los mundos, todos los cuerpos, todos los envoltorios formales son disueltos y todo es reabsorbido y reintegrado en el Todo, en el seno de los Absolutos. Con esa muerte de los Universos, sobreviene una Noche Cósmica, un periodo de *Pralaya* o de no-manifestación, después del cual se iniciará un nuevo ciclo. El Ser jamás se extingue.

A imagen y semejanza del Ser Universal, consideremos ahora, más específicamente – correspondiendo, así, a las repetidas interrogaciones de muchos – lo que pasa con el ser humano en lo que respecta al fenómeno que llamamos muerte (física) y a los estados que le siguen.

Lo haremos en términos sintéticos; no obstante, ello no significa que no se pueda y deba conocer esos asuntos con más detallados pormenores (lo que no representa adhesión a fantasías proliferantes).

Sabemos bien que las estructuras eclesíásticas occidentales hoy en día, huyen de abordar ese tema y llegan, hasta, a reprobar a quién lo hace. Pero ello es tan solo una consecuencia de la evidente reserva y vergüenza en continuar sustentando las absurdas formulaciones de infiernos eternos y cielos de egoísmo y separatividad, que perturbadas mentes teológicas concibieron en el pasado; también, de la imposibilidad (por falta de coraje o por causa del completo engranaje institucional) de reconocer la manifiesta claridad de los nobles principios de la Evolución Espiritual, de las Vidas sucesivas y de la Ley del Karma o de Causa y Efecto (de la correspondencia y proporcionalidad de las causas y de los efectos, absolutamente incompatible con la pretensión absurda de que una sola existencia limitada, finita, circunscrita en el tiempo, pueda generar un efecto eterno, ilimitado, incesante, como, por ejemplo, la supuesta condenación al infierno).

En rigor, esas inicuas doctrinas, si fuesen tomadas a la letra y con atención, conducirían a que todo buen cristiano debiese rápidamente matar a quienquiera que se encontrase en estado de merecer el Cielo (muy pocos, según las mismas doctrinas), evitándole el riesgo de ir, eternamente, al infierno donde – de acuerdo aún con las referidas concepciones – es grande la probabilidad de ir a caer, por ser ese el destino a que estaría destinada la enorme mayoría de los seres humanos (dada la interpretación que los autores de semejantes insanidades dan a la frase “muchos serán llamados, pero pocos serán los escogidos”).

Dejemos, pero, de lado, tales infamias y atentados a la Justicia, la Perfección y al Equilibrio de las Leyes Divinas. Del punto de vista del Hombre como Ser Espiritual, existe todo un gran ciclo de inmersión en los mundos de la forma – los mundos de la triple personalidad: mental, emocional y físico – que corresponde a la larga y lenta etapa de las reencarnaciones, en la llamada “rueda de la vida”, a la que sigue el proceso de liberación de las formas y de retorno al origen (con toda la acrecentada amplitud de consciencia conquistada a través de innumerables experiencias y relacionamientos).

Ese gran ciclo de descenso del Espíritu en la materia, progresivamente más densa, y de posterior (y también progresivo) despojar de los velos materiales, se integra y se desdobra en innumerables otros ciclos menores, que lo reproducen a escala: cada una de las encarnaciones y desencarnaciones (nacimiento y muerte) humanas. Es de estas que ahora tratamos.

La muerte física es un episodio de la fase de retorno en uno de esos ciclos de una encarnación y una desencarnación. Al sobrevivir la muerte, el ser humano se desprende de su envoltorio más material – el cuerpo físico denso – y deja, pues, de poder actuar directamente en el cuerpo físico. Por lo demás, su identidad permanece intacta. Acontece solamente que el alma, ahora, está tan solo envuelta por el cuerpo mental (y por eso, el Hombre continúa pensando, como antes), por el cuerpo emocional (y, así, continúan vivos y actuantes los sentimientos, emociones y deseos) y por el cuerpo etérico (que es ahora la envoltura más externa y material, a pesar de ser invisible a la generalidad de las personas encarnadas en el mundo físico denso). La vida del alma dejó de tener su terminal en el cuerpo denso, al cual ya no alimenta y que, por eso, se desintegra.

En la muerte natural, este proceso de retirada de la vida anímica del cuerpo físico denso se desarrolla sin rupturas bruscas, siguiendo el curso de la Naturaleza y aconteciendo en el momento en que debe suceder. Es la propia alma la que decide no continuar ya más vivificando el cuerpo que (hasta entonces) usaba.

Al contrario, el suicidio, no solo representa una violación de las leyes superiores que rigen los flujos y reflujos de la vida (y que el hombre físicamente encarnado no puede entender y en los que, por tanto, no debe interferir, *(de aquí se transfiere, también, la inadmisibilidad de la pena de muerte)*), sino que provoca un enorme sufrimiento, de otra forma inexistente, en períodos subsecuentes de la vida después de la muerte física – períodos esos que se pueden prolongar por muchos años: al final y aproximadamente, aquellos que indebidamente se acortaron a la existencia física.

Podemos explicar esto con un ejemplo de fácil comprensión: si amputarais una mano, la energía vital destinada a ser irradiada, consubstanciada e infundida hasta la mano, es interceptada y contenida en el punto (en el muñón) donde se dio la amputación. Sobrevendrán dolores violentos y otras varias consecuencias desagradables – no, es claro, en la parte amputada sino, si, en la parte subsistente. El suicida no solo no resuelve ninguno de los problemas a los que se quiere hurtar – y que reencontrará típicamente iguales en la encarnación siguiente – sino que sentirá una profunda aflicción e incontrolable agitación provocada por la fuerza de la energía vital que continua intentando afluir hacia la manifestación física, quedando, pero, contenida. No describiremos aquí otras consecuencias desagradables.

Al retirarse de la existencia en el plano denso, el hombre interior o invisible (digamos así) transporta consigo – como en un *disquete* (el alma del *átomo físico permanente*, para quién ya conoce esta terminología) – la síntesis de sus vivencias, de sus actos y actitudes durante la vida física. Podemos también figurarnos que lleva como un rollo fotográfico, o mejor, la bobina de un *film*, donde retiene registrado lo que de esencial hizo y experimentó. Igual como al término de un día acostumbráis recordar lo que pasó, también el Hombre interior irá viendo de nuevo ese film de modo a comprenderlo mejor y a aprender y asimilar las lecciones que se justifican. Este proceso será repetido en diversos niveles hacia los cuales vais sucesivamente subiendo después de la muerte física, pudiendo comprender en cada uno de ellos con más claridad y enraizar más profundamente lo aprendido.

Después de despedirse del cuerpo denso, el alma irá también, con relativa brevedad (variando de caso en caso), a descartarse del cuerpo etérico. Permanece, entonces, envuelta en el cuerpo mental y el cuerpo emocional. Su energía vitalizadora ya no desciende más abajo y, por tanto, estando ahora su terminal situado en el plano astral (o emocional), es ese el plano en que actúa y en el que pasa a moverse el Hombre.

Entonces, ese mundo pasa a ser, para él, tan real y objetivo como ahora consideráis el mundo físico. En verdad, es mucho más real, más nítido y más intenso, por encontrarse más cerca de la Fuente de la Vida, que allí fluye, consecuentemente, con mucha más fuerza. Aunque aquellos que, por la poca evolución alcanzada, poco más han desarrollado, poco más han desarrollado que el funcionamiento en términos de actividad física (con un psiquismo incipiente) se encuentren frecuentemente en tediosa letargia – dado el vacío que para ellos representa casi todo lo que no sea simple funcionamiento físico -, el ser humano medio tiene, en el plano astral, una existencia ocupada (como a semejanza, acontece en el mundo físico). Especialmente, establece innumerables reacciones con seres que se encuentran en el mismo plano, o que temporalmente descienden de mundos más elevados; es ayudado por seres de luz o bienhechores (englobándose ahí muchas graduaciones); encuentra aquellos que conoció y, quizás amó durante la existencia física (y que también ya contactaba, incluso estando físicamente encarnado, durante las horas de sueño); reencontra individuos con los que estuvo vinculado en anteriores encarnaciones (hayan sido esa vinculación positiva o no, etc.).

El plano astral contiene también varios niveles o estados (del mismo modo como, en el mundo físico denso, existen los estados sólido, líquido y gaseoso de la sustancia-energía), desde los más bajos (o materiales) a los más elevados (o sutiles). El Hombre les va correspondiendo y les va subiendo sucesivamente, de acuerdo con su peso específico evolutivo (cuanto más evolucionados, menos se detiene agarrado a los niveles más densos) y de acuerdo con su distanciamiento del mundo físico, en este viaje de retorno a las esferas superiores. Él sentirá más o menos desconuelo o felicidad, según se encuentre respectivamente, en los niveles inferiores o en los niveles menos materiales.

Sin embargo, en cualquiera de esos niveles o subplanos del mundo astral, el ser humano trabaja, principalmente con emociones y sentimientos – y eso es otra etapa relevante más en su proceso de aprendizaje. Especialmente, en ese mundo de cuatro dimensiones, él es íntimamente consciente de los sentimientos de otros individuos y puede vivir, como si fuera su propia sensibilidad a actuar, lo que ellos sienten en relación a cada estímulo – en particular, en reacción a cada uno de sus comportamientos. A esa luz, el puede volver a ver el film de la existencia que vivió en el mundo físico y sentir, como si fuese propio, el efecto emocional que sus actitudes provocaron en otras personas. Con ello, él puede experimentar remordimiento y arrepentimiento (al que se alude en la idea del Purgatorio) – yendo así sublimando los impulsos que le han llevado a actuar, sentir o pensar malévolamente – o vivenciar una indescriptible felicidad, que hará arraigar en su más íntimo el impulso para el Bien.

Al final de algunos meses o, más vulgarmente, años (a veces, largas decenas o, hasta centenas) – dependiendo tal duración, fundamentalmente, del punto evolutivo conquistado a lo largo del ciclo de encarnaciones y de la duración de la vida física anterior – el individuo acabará también por despojarse del cuerpo emocional (que va, así, igualmente a morir) y entrará en el plano correspondiente aquel que es ahora su cuerpo más denso: el vehículo mental.

El mundo mental, para aquellos que se perfeccionaron y utilizaron suficientemente, es un mundo de indescriptible felicidad. Podemos llamarle un Cielo, si bien existen planos superiores al mental y, por tanto, mucho más celestiales y gloriosos. No obstante, los seres humanos demasiado esclavizados a los instintos animales o bajamente egoístas, poco tiempo podrán permanecer allí, e incluso esa permanencia se les figurará un sueño letárgico y vano.

Los que pueden aprovechar más plenamente su estadía en el plano mental, encuentran allí un mundo maravilloso de colores cristalinos y sonidos envolventes (para los que vuestras palabras no tienen adjetivos adecuados), de aprendizaje y actividad útil, que les proporciona una profunda vivencia de alegría. Especialmente, aprenden a trabajar con los pensamientos, a verificar las consecuencias de su uso y los diferentes efectos que producen, conforme la cualidad de cada uno de esos pensamientos; aprenden a crear en la materia mental – en las más distintas variantes y facetas –, a desarrollar la capacidad de cooperar, difundiendo la luz y ayudando a otros a evolucionar; aprenden a leer en la substancia-luz las Leyes Universales y a actuar en conformidad con la dirección que indican.

También en este mundo y, por lo ya expuesto, el pasaje puede resumirse en días o prolongarse por centenas de años. Además, depende también de la necesidad, conveniencia u oportunidad (en términos de evolución o de servicio) el volver a encarnar.

De cualquier modo, el alma acaba por liberarse del cuerpo mental y, entonces, su vida permanece en su propio plano de consciencia, en el nivel causal – por un brevísimo periodo o por un tiempo prolongado – hasta que un nuevo ciclo empieza. Entonces, la vida anímica inicia la mitad descendente de ese ciclo y se va progresivamente envolviendo de un nuevo cuerpo mental, de un nuevo cuerpo de deseos y de un nuevo físico (etérico y, a partir de la matriz etérica, la forma densa), para la nueva encarnación.....

Todo lo que hemos dicho, sin embargo, constituye una generalización, en que caben muchas cambiantes y excepciones. Una de estas, es respecto a las almas que se encuentran más adelantadas en el camino espiritual. En estos casos, especialmente, su paso por el plano astral, sobre todo por sus niveles inferiores, puede ser rapidísimo y la profundidad de su aprendizaje y la amplitud de su Servicio al Bien, naturalmente, mucho mayores, en cualquier plano o subplano en que se hallen.

Con una descripción sintética como la que deliberadamente hacemos, diversas preguntas podrán surgir. Debéis reflexionar cuidadosamente en ellas, ya que, por vosotros mismos, podréis deducir muchas respuestas valiosas.

No obstante, de esas preguntas destacaremos una, a la que responderemos de la misma forma sucinta: ¿qué consciencia y qué vinculación mantienen los individuos desencarnados en relación a aquellos que conocían y con quienes intimaban en el mundo físico?. Nada de esa vinculación se pierde. Simplemente se va transfiriendo a niveles sucesivamente más elevados, deteniéndose cada vez menos en vuestra apariencia y en los eventos concretos del día a día y cada vez más amándoos con un amor inegoísta, desapegado e inspirador. Además, frecuentemente os encontráis con ellos cuando, durante las horas de sueño físico, podéis actuar en los mundos emocional o mental con vuestros cuerpos correspondientes, *(esto no significa que todos vuestros sueños sean recuerdos de esas vivencias. A veces, es una mera divagación de vuestro cerebro físico, sin cualquier especial significado.*

Aunque de todo esto no tengáis consciencia en vuestro cerebro físico, quedad informados de que la unión entre las almas jamás puede cesar – y alimentada por el amor, continuará siempre creciendo, plenamente viva. Por grande, por inmenso que sea el amor que sentís por aquellos entes queridos que ya partieron del mundo físico, él es apenas tan solo un reflejo del amor que os une en los planos en que ambos tenéis la verdadera identidad, los planos del alma, los planos en los que sois (todos vosotros) realmente vosotros mismos, sin máscaras, sin velos, y sin barreras. Y cuando esos seres, a los que amáis, se hayan ya elevado a la Mansión de la Luz Dorada – el plano causal – ellos pueden, en plenitud, contactar e intimar con vuestro verdadero Yo, que de todo estará consciente.

En vosotros, hoy, aquí, tan solo vuestra personalidad continua a sufrir, porque está sumergida y envuelta en las sombras materiales, olvidada de su verdadera fuente, porque está privada de la libertad de los niveles superiores de consciencia – allí donde la Luz es Vida y todo es uno y compartido

Si, empero, incluso aún involucrados en un cuerpo físico, consiguierais erguirlos a esos niveles más amplios de consciencia, focalizandoos firmemente en la luz del alma, podríais percibir la realidad de esa permanente comunicación, de esa permanente unión amorosa con aquellos que creéis haber perdido al morir, o mejor, al desencarnar.

Únicamente los envoltorios, las vestimentas – los cuerpos – más densos o periféricos del Yo, al ser demasiado opacos, son insensibles a las vibraciones más sutiles (de frecuencia más elevada) de esa realidad viviente.

A través del verdadero amor, estaréis, si, en permanente unión con los seres a los que dedicáis vuestro afecto. Amad con el amor del alma – un amor inegoísta, un amor incondicional, un amor sin cálculo ni medida – y vuestra vinculación será indisoluble, inmortal, inextinguible.

Cuando un día la Humanidad encarnada hubiese evolucionado hacia plataformas más avanzadas de consciencia, cuando hubiese utilizado sus aspiraciones, su sensibilidad y su receptividad a los mundos suprafísicos y, así, recorrer una senda más elevada, límpida y desobstruída, entonces no habrá ya más separatividad y muerte, en el sentido que hoy le dais. Para ello – para que no exista ya más el dolor de la separación – muchos trabajan en el mundo, amando y sirviendo.

Elevad, poco a poco, vuestra atención, vuestra polarización, vuestra consciencia, transfiriéndolas hacia las cosas más esenciales (los valores reales, la comprensión de las Leyes de la Naturaleza, el amor activo hacia todo cuanto vive) y desapegaos, cada vez más, de las cosas, de los fenómenos, de los acontecimientos externos de los cotidianos, de las limitaciones propias de lo que es ocasional, fugaz, pasajero y transitorio – y, por tanto, inexorablemente sujeto a la ley de la muerte. Desarrollad en vosotros esa capacidad de amar lo que es perenne y universal, deteneros más en la esencia y menos en la forma o apariencia de las cosas, de las situaciones y de los seres.

De ese modo, terminaréis por no aflijiros con la muerte – ni con la vuestra ni con la de aquellos a los que más próximamente amáis.

Vosotros sois pertenencia del mundo
y el mundo es pertenencia vuestra.
Todos los lugares son igualmente importantes
y cada lugar alimenta vuestra alma
y os acompaña en toda la Eternidad.
El apego es artificial e irrazonable
porque el verdadero amor –
- el Eslabón vivo que os une al ser amado –
es irrompible e indisoluble.
Subsiste para todo y Siempre.

(No hay nada que temer).
Tú estás en todo
y todo está en ti.
No hay separatividad:
¡ tú estás en todo
y todo está en ti!

De hecho, la personalidad puede escoger: vivir la vida inmortal, alimentándose de vida, o vivir la vida mortal, creyendo y enganchándose en las cosas mortales. La personalidad es solamente un reflejo consumible – un rastro apagado que quedó atrás en la cola de un cometa -, si le negamos su cualidad de prolongamiento vivo y expresante del alma.

Si, no obstante, deseamos que el alma penetre en este mundo denso y le infunda su luz, entonces estaremos ininterrumpidamente vivos y recorreremos la eternidad, repletos de tesoros inmortales.

Nuestras acciones – incluyendo los pensamientos y sentimientos – son como una emanación, un prolongamiento de nuestra naturaleza interior, del alma.

Las “buenas acciones”, las acciones correctas – las consonantes con el equilibrio en la unidad – son vivas, literalmente vivas, perennemente vivas. Las “malas acciones”, las acciones incorrectas – aquellas que alimentan la separatividad – son vehículos de disolución y de negación de vida. Las buenas acciones pertenecen al mundo de lo Real. Las malas acciones pertenecen y se esfuman en el reino de la ilusión, en el reino de la muerte.

De la existencia en los mundos de la forma, el Espíritu conserva, para la inmortalidad, solamente aquello que tiene el sello de lo que es real, perenne y verdadero. Del Amor, de la Sabiduría, de la capacidad de utilizar constructivamente las energías vitales, nada jamás se pierde, mucho menos cuando, en el proceso de desencarnación, nos vamos descartando de los envoltorios más densos.

Cultivad, pues, el pensamiento lúcido, el sentimiento límpido y la actividad correcta que, así, constituirán el corredor a través del cual os transfundiréis en la Eternidad. Incorporaos a él, consubstanciaos en él y os transportaréis a la vida superior, a la vida inmortal.

Cuando vuestras mentes solo reflejen Sabiduría, cuando vuestros sentimientos solo expresen Amor y cuando vuestras acciones solo manifiesten la Voluntad al Bien, vuestra personalidad se habrá transmutado en luz y habréis alcanzado la inmortalidad. Tal es uno de los significados de la Resurrección, por la cual todos tendremos que pasar un día, al final de la rueda de las reencarnaciones.

En ese momento, habrán sido, definitivamente, disueltos los velos de la muerte. Por el Amor, habrá sido reabsorbida la sombra, transmutada la materia y ascendida – la Virgen María o Maya – a los Cielos. Entonces, se podrán cantar elegías al Reino de la Vida, afirmando la sempiterna realidad del Espíritu, del Padre Inefable, del Padre que está en los Cielos y en cuyos brazos el alma (o Hijo) se entrega. A esto aluden las palabras: **“Padre, en tus manos entrego mi alma. Todo está consumado”.** (Lucas, XXIII,45.)

AMOR

El Amor, simultáneamente causa y efecto de la Vida y de la Muerte, es verdaderamente el Alfa y el Omega de los universos manifestados y su trazo indisoluble de unión. Es el Manto de Gloria Divino, el Esplendor de la Unidad, de la fuerza dinámica de la Vida.

Por él todos los universos vienen a la manifestación y por él son absorbidos, en el final de cada Día Cósmico, en el Seno del Gran Todo Es, si, el Amor el que hace descender el Espíritu a la Materia, para que a través de esa gran unión cósmica – del Padre y de la Madre Universales – se manifieste el Amor del Todo en muchas, en todas las partes; es también el Amor el que impulsa el regreso de las partes al Uno, el reencuentro de la objetividad y de la subjetividad en el Absoluto, la respuesta de las criaturas al Llamamiento de la Divinidad, la Gran Re-Unión en la plenitud del Todo.

La existencia del Universo y su consumación evolutiva representan, verdaderamente, el triunfo del Amor. Por eso y para eso se desdobra la Vida del Ser Divino.

Porque así es, deberéis beber el Amor en toda la Naturaleza, procurarlo y vivirlo en todas sus expresiones de Vida. Solo así tocaréis la esencia y no tan solo sus formas más degradadas y reflejas. De ahí adviene el verdadero y puro amor impersonal – que os permitirá, no obstante, amar inmensamente cada pequeña cosa y cada ser.

Fue ya dicho: “El Amor es la continuidad de la consciencia”...(Simientes y Perlas)....., “El Amor es consciencia que se expande hasta la continuidad del Todo..(En el Templo del Espíritu Santo)... Estas son afirmaciones de profundo significado y sobre cuya importancia y sus infinitas implicaciones pocos habrán ponderado lo suficiente. Creemos que haríais bien en meditarlas mejor.

Realmente, los seres aman cuando – o porque – su consciencia no se confina y termina en sí mismos sino se expande, adelantándose hasta incluir otras realidades, otros seres, otras palpaciones de Vida. Cuanto más profunda y enteramente esa consciencia abarca o integra en sí cada ser y cada realidad, cuanto más amplios son los círculos de envolvencia de esa consciencia (comunicándose así con más seres y realidades) mayor y más amplio es el Amor.

El Amor, es, pues, no solo ilimitado sino, también, progresivo, es la justa medida en que cada unidad va tomando consciencia de otras expresiones más de Vida y va profundizando, en cada una, esa incidencia penetrante (y ello constituye un proceso inagotable y nunca acabado).

Subyacente al Amor está, asimismo, la existencia de comunicación entre diferentes expresiones de Vida. Sin embargo, si bien es verdad que el Amor implica algún tipo de relación (entre los innumerables modos posibles), no es rigurosamente exacto que la relación entre dos seres sea sinónimo de Amor. Ni todos los casos son expresiones auténticas de Amor, aunque representan siempre, por lo menos, reflejos muy distorsionados (o hasta invertidos, cuales sombras) de un impulso omnipresente de Amor.

En efecto, para que en un relacionamiento se pueda verdaderamente hablar de Amor, es necesario que exista alguna fusión esencial, una donación y una entrega – no por esclavización o alineación, sino en plena consciencia – que permitan la unión, al menos hasta cierto punto, a la intimidad del otro polo de la relación; es necesario que exista alguna abdicación de sí mismo para aceptar el participar (digámoslo así) en un todo mayor, en un yo más amplio.

Una gran parte de las relaciones – y me refiero ahora especialmente al ser humano – es caracterizadamente egoísta y es empezada y continuada con el mero deseo de recibir, de llenar y completar el yo separado. De ese modo, cada uno de los intervinientes se dirige y se comporta con el otro con una actitud que, en términos energéticos, constituye una especie de gancho: atrayendo hacia sí, en una ansia desenfrenada y egoísta de recibir, con una ausencia del impulso de dar, que se vuelve incapaz de compenetrarse, de complementarse y de fundirse con el otro ser. Ello es tristemente verdad, incluso en un enorme porcentaje de las relaciones que, por definición, se dicen o presuponen como siendo amorosas. Pero, donde el amor verdaderamente existe, toda la relación es verdaderamente bendecida, porque representa progreso, evolución, reencuentro de partes del Gran Todo. No obstante, solo sabremos amar plenamente **cuando la substancia de nuestro querer fuera elevada y firme, cuando las fibras de nuestra instrumentación humana se hubieran vuelto sutiles y dignas, cuando la vibración de nuestra condición personalista fuese afinizada y consonante con los acordes de nuestra alma, de nuestro yo superior el Hijo del Amor Universal, el producto de la unión entre el Espíritu y la Materia.**

*

De todas maneras, el Amor presupone siempre algún tipo de relación y solo nos podemos relacionar consciente y profundamente con aquello que conocemos. Es por eso que el conocimiento – más aún, la Sabiduría – es importante para poderse vivenciar un amor profundo y verdadero. En realidad, Sabiduría y Amor están íntimamente asociados y, por eso también, fue y es necesario, para que el Amor se manifieste en la Tierra de modo más pleno, el desarrollo mental de la Humanidad, característica particularmente marcante de los últimos siglos.

Entre tanto, los primeros pasos del despertar del intelecto empiezan, naturalmente, por incidir en los niveles inferiores y más incipientes de la mente – la mente externa, analítica, separatista. En esos estados iniciales, se da la cristalización en una dureza de sentimientos, una frialdad de ánimo y un egoísmo acentuado que parece haber conducido aún más lejos del Amor.

No obstante, a medida que se prosigue en esta esfera, se va gradualmente avivando la mente superior, la capacidad de pensar abstractamente – esto es, de modo amplio, globalizante, universal, crecientemente abarcante. La mente unificadora empieza a sobreponerse y, posteriormente, a conducir y a utilizar, como instrumento complementario, a la mente analítica o separatista. El pensamiento o conocimiento abstracto, más profundo e interiorizado, más girado a la esencia hacia la raíz o vida común (unitaria) de las cosas, de los seres y de los fenómenos, es por naturaleza más afín con el amor inegoísta o universal, que propicia y al que puede servir de plataforma.

La mente superior o unificadora se vincula pues, estrechamente, al amor cósmico, o del alma, y a la intuición. De ahí que, en la enumeración de los planos de manifestación universal y de los correspondientes principios humanos, el plano búdico o del amor cósmico y el principio de la intuición vengán a continuación del plano mental superior y de la mente abstracta. Por eso, usando una terminología oriental, se habla con frecuencia del principio de *Budi-Manas* (el alma o yo superior propiamente dichos) – esto es, la intuición o amor impersonal unido a la mente (superior), siendo *Manas* (la Mente) el vehículo de *Buhdi* (la intuición; el amor característico del alma).

Por lo expuesto, es importante que os esforcéis en desarrollar vuestra amplitud mental, conquistando la capacidad de pensar en términos universales y abarcales. Estaréis de ese modo empezando a andar por el Camino de la Sabiduría, hermana gemela del Amor.

Para que así sea, no debéis depender ni agarraros exclusivamente al apoyo de factores y acontecimientos externos. Cultivad el aprendizaje de las leyes que rigen el Universo y todos los seres que lo pueblan, igual como la purificación de vuestros sentimientos, pensamientos y orientaciones. Sobre todo, aprended a ser vosotros mismos a elegir **en cada instante** lo que es bueno y correcto, pasándolo siempre por el tamiz de vuestra sensibilidad más profunda, de vuestro sentido del equilibrio, de la razón, de la justicia y de conformidad al Bien Mayor, que debéis empeñadamente desarrollar.

Ningún hombre, ninguna organización, ningún ser finito – por más sabios y elevados que sean relativamente a la pequeñez y a la fragilidad de la Humanidad común – puede hacer por vosotros el esfuerzo de elevación que os compete realizar.

Debemos, es claro, *respaldar* conjuntamente, en sintonía grupal, todo el trabajo altruista que contribuya a la verdadera evolución: debemos apoyar y colaborar, donde sea posible y deseable, con organizaciones dedicadas a un trabajo incontestablemente serio, espiritualmente genuino y capaz de contribuir de modo efectivo, poderoso y profundo a la evolución general; podemos participar y ayudarnos en nuestro recorrido evolutivo, estimulándonos mutuamente para la propia descubierta interior, para la mayor apertura de nuestras consciencias, para el florecimiento de nuestras almas; podemos recibir ayudas exteriores para alimentar la hoguera cuya llama un día irrumpirá de nosotros, de nuestro interior. Pero nadie podrá encenderla – nadie podrá descubrirnos la verdad – por nosotros.

Cada verdad solo puede ser contemplada de frente, en el recogimiento de nuestro silencio interior. Aunque previa y exteriormente considerada, analizada, evaluada, tan solo en nuestro interior podemos conocerla y comprenderla en su pureza esencial. Después de atraída por nuestro querer, y amada hasta su comprensión, puede y debe entonces ser armoniosamente reclamada para el exterior, arrojando hojas para otras hogueras.

Las interpretaciones y descripciones externas, las formulaciones analíticas del intelecto son útiles y valiosas; pero, son solamente un utensilio, un camino que puede o no desvanecerse, una chispa que puede o no ir a encender una hoguera de luz en nosotros, de acuerdo con las condiciones interiores – propicias, o inadecuadas – que hubiéramos interiormente desarrollado. Es necesaria la correspondencia viva dentro nuestro.

Aunque, en términos objetivos y de forma escalonada, no sepáis exactamente como proceder, podéis, no obstante, pedir *inspiración* a vuestra alma. El alma es amor – es Amor-Sabiduría. No hay ningún impulso ni ninguna dirección mejores que la suya para guiarnos “milimétricamente” por el sendero cierto de la razón y de la ascensión.

Inspiración significa “fecundación espiritual”. La divinidad en nosotros, poco a poco, tomará las riendas de nuestra personalidad, sin transiciones bruscas, desconectadas y temerosas. No dejaréis de ser vosotros mismos, pero si, pasaréis a Conocerlos mejor, más ampliamente, y a asumir y vivenciar las potencias de vuestra verdadera identidad.

El Yo divino cubrirá, bañará e iluminará todos los lugares más recónditos de vuestra personalidad, sublimándola.

Habituaros a ser permeables y receptivos incluso (y principalmente) a lo imponderable y sutil. Si admitís que él existe, entonces, *ponderadlo*, fijad vuestra atención en ese “algo”. No desistáis de “imaginar” aunque (quizás al principio) de modo vago. Si os facilita el proceso, elaborad una representación, una imagen pictórica simbólica. Así podréis congregarse en ella – a través de ella – todos vuestros esfuerzos evocativos. Se magnetizará y alimentará, entonces, con la constancia de vuestro querer y vuestro amor, transportando (por la Ley de los eslabones magnéticos, por la Ley de simpatía) vuestros impulsos hacia la esencia de vuestro Yo. La cadena se formará poco a poco bajo la tensión de vuestro querer, tejida en tenues pero vibrantes hilos que

vencerán la obscuridad del abismo (del vacío) antes insondable que os separaba del reconocimiento de la Luz del Yo Superior.

De este modo, la Sabiduría – como el Amor – se identifica con el propio Yo Real. Proviene de la identificación del Yo con todo lo que existe –“ **y eso es Amor.**”

Es este, pues, el binomio – Amor y Sabiduría – que mueve y fecunda nuestro Sistema.

Él se desdobra y se objetiva en todas las otras cualidades básicas que conocemos (especialmente las de los Siete Rayos de que ya muchos habrán oído hablar). Por su intermedio, tendremos de caminar a lo largo de múltiples vidas, absorbiendo, imprimiendo y edificando en nosotros la profusión de significados y de valores de los mundos más espirituales, para que hagamos la Tierra a semejanza de los Cielos y en todo y por medio se manifieste la infinitud del Amor Divino.

Así, el Amor se expande o se expresa de dentro para fuera. Es la intimidad del Ser que abraza e integra el colectivo.

El acto de dar – de dar verdaderamente – tiene, pues, raíz en esa interioridad del Ser; es una expresión íntima, energética, abstracta y, muchas veces, invisible. Por eso, el auténtico gesto de dar surge, igualmente, del interior para el exterior, en un impulso espontáneo, propio e incondicionado.

Por el contrario, aquello que, muchas veces, es considerado “dar”, no es más que la sumisión o el consentimiento pasivo de que nos substraigan algo. En ese caso, en términos reales, energéticos, el proceso está invertido: la supuesta dádiva de amor nace, finalmente, de la presión de su destinatario – una presión que se ejerce de fuera para adentro del emisor. Dar, es un acto espontáneo; ceder, puede corresponder a un movimiento retrogrado.

Frecuentemente, cedemos o nos despojamos de algo que nos es querido meramente por razones calculistas o estratégicas, por el cumplimiento formal de una obligación social o cívica o por aquello que llamamos “vergüenza”. Donde ello acontece, la pura y espontánea alegría del amor no está presente.

Por el contrario, cuando el verdadero amor existe, dar nos vuelve real y más intensamente felices que recibir.

El exaltado e incontrolable consumismo actual – aliado al fortalecimiento, casi idolatrado, del gusto por la afirmación de poseer – encuentra terreno fértil en las cada vez más extensas y variadas formas de relacionamiento entre los hombres (facilitadas por las crecientes posibilidades de traslación propia, por el estilo e intensidad de los ritmos de vida, por la rapidez en la circulación de noticias e informaciones), preocupantemente caracterizadas por la incapacidad de amar. Tales reacciones, en la mayoría de los casos, son maquinales, externas, gélidamente frías, deshumanizadas, en suma.

¿Podemos, sin embargo, revertir, o mejor sublimar esta devastadora condición? A eso, responderemos enfáticamente: ¡Sí!

Es posible tener alegría en *compartir y en dar* – y mucho más de lo que alguna vez siquiera habéis pensado. Para ello, no obstante, es necesario una profunda exigencia interior de cambio, una transformación de raíz que debéis empezar en vosotros para, con ella, inspirar y contagiar a los que están a vuestro alrededor, en círculos progresivos.

Permitid que os de una llave que consideramos esencial para poder avanzar verdaderamente en esa dirección: pensad menos en vuestros derechos y más en la garantía de los derechos de los demás, principalmente de aquellos que son violados o que, quien sabe, vosotros mismos negáis, casi sin daros cuenta; pensad más en vuestros deberes (en muchos que, posiblemente, estáis negligiendo) y menos en los deberes de los demás.

Efectivamente, la mayoría de las personas es extremadamente presurosa en exigir el cumplimiento de los deberes ajenos y la satisfacción de los derechos propios (sobre todo de los más inmediatos y/o de tenor más exclusivista); en contrapartida, poco o nada se preocupan en respetar y promover los derechos y la dignidad de los demás, al mismo tiempo que revelan la mayor negligencia para con el cumplimiento de las obligaciones propias.

Esta preocupación por una nueva condición psicológica de la Humanidad en que se ponga más énfasis en dar y en compartir libremente, y menos en recibir la satisfacción de las exigencias egoístas, debe empezar por la educación, puesto que es, hasta donde es posible acceder generalizadamente, el campo donde más definidamente se siembran las causas de la existencia individual y colectiva (no solo de la actual, sino de las futuras encarnaciones). Sin duda, es en la tierna infancia que se presentan las mejores condiciones y el terreno más fecundo para el florecimiento de esa valiosa capacidad – el gusto, la alegría real en el dar.

Reparad como, por ejemplo, en la edad de los tres años, podemos observar en la casi generalidad de los niños la maravilla del gesto, de voluntad propia, de dar algo que les es precioso. Vemos reflejarse en el rostro la luminosa (y, cuantas veces, extraña para los adultos) alegría en esa iniciativa. El niño es realmente feliz cuando experimenta ese sentimiento noble, cuando descubre la belleza (y la riqueza que nutre) en ese impulso suyo voluntario de dar, de proporcionar a otro algo que le era valioso.

Esa facultad naciente, puede y debe ser progresiva y denodadamente ampliada, si fuéramos hábiles educadores, atentos a la oportunidad de un estímulo, en ese rasgo del aprendizaje. Un suave incentivo, un apoyo subsecuente, la gratitud y contento demostrados por quien recibe, serán inmensamente útiles y traerán

el mejor ánimo de continuación; ayudándoles, así, a proveer instrumentos y mecanismos que, más tarde, les posibilitarán ser inmensamente más ricos, equilibrados y felices, y contribuir lúcida y activamente al establecimiento de una sociedad más noble y más armónica.

Hoy, casi todos los hombres se retraen, casi todos son esclavos de un egoísmo que se enraizó en psiquismo colectivo, en los hábitos generalizados. Los hombres sufren y son víctimas de su incapacidad de tener un relacionamiento sano con los demás. No es ni tan siquiera posible la esperanza de felicidad, de paz y justicia, cuando todos quieren para sí “más de lo que los otros tienen”, todos desean prevalecer, todos compiten y rivalizan como si ellos fuese normal y hasta loable.

Mientras no aprendamos a pensar y a funcionar en términos de un “Yo” mayor, más amplio, total – en términos de Amor, por tanto – no estaremos trabajando en la única vía posible, y auténtica, para el equilibrio social. No deberían ya más ser posibles los “compartimentos estancos”, uno al lado del otro. Es necesaria la fusión, la participación, la conquista real de la identidad colectiva – verdaderamente la conquista de una identidad colectiva – verdaderamente la conquista de una identidad en términos universales.

Trabajemos seria, responsable y persistentemente para tales fines; para que el futuro se abra, para que el futuro sea posible, para que el Amor prevalezca en el mundo de los hombres. En realidad, solo la fuerza del Amor podrá verdaderamente renovar la faz de la Tierra.

Pero, más allá de todo, el Amor es indefinible y la causa de sí mismo. Simplemente, abrid los brazos al Amor, aflojad vuestras resistencias. Dejad el Amor fluir en vosotros y a través vuestro; renunciad a vosotros mismos para reencontraros en un ser mayor. Transformaos por el Amor y, al transformaros así, estaréis iniciando la transmutación del planeta.

Amad ilimitadamente y os volveréis poderosos en la comprensión y capacidad de redención del mundo. Por el amor tendréis acceso al corazón de todos los seres, allí donde palpita el gran misterio viviente. Entonces, en nombre de todo, en nombre del Todo, en nombre de Dios, podréis bendecir al mundo y atraerle bendiciones más poderosas que las vuestras. Cada uno de vuestros actos tendrá el aliento y la bendición de la Eternidad, cada uno de vuestros gestos tendrá la fuerza y el poder de cambiar la faz de la Tierra.

A cambio, nada deberéis pedir, porque el Amor – el verdadero Amor – se basta así mismo. Quien ama firme y totalmente, más allá de todas las circunstancias, volvió su alma repleta de una alegría que nada puede esencialmente alterar. Debéis amar mucho, si, pero cuidando poco de ser amados. No confundáis nunca el apego, (que es siempre material, exterior e irreal) con el amor, el verdadero amor – bello, dulce, pródigo, legítimo -, el único vínculo auténtico en todo el Universo.

Mientras, no debéis jamás confundir desapego con frialdad e insensibilidad: esa es una de las muchas formas en la incapacidad de amar; la más peligrosa de todas, por estar casi siempre cargada de arrogancia y presunción de superioridad, y porque crece libremente, sin que el propio individuo la detecte.

Al contrario, la posibilidad de Amor – el gran milagro del Universo – está fundada en la identidad esencial de todos los seres. Todos comparten la misma Vida Divina de la cual constituyen una emanación – y es de esa Unidad de Vida que dimana la Unidad de Consciencia que, al fin, todas las consciencias individuales habrán de alcanzar, al superar, gradualmente, todas las separaciones, todas las discontinuidades.

“La continuidad de la consciencia es verdaderamente la llave de los grandes misterios” (Perlas de Luz, Vol. II), Os volveréis un Maestro de la Sabiduría de la Vida cuando, un día, comprendáis que cada ente – hombre, animal, vegetal, mineral, ángel o Divinidad -, cada cosa, cada parte del Universo que no améis – no importa cual sea – es una parte de vosotros mismos que desconocéis y que por eso no habéis aprendido a amar.

Aquellos que alcanzan esa condición – los Maestros de Sabiduría y de Compasión jamás cesan de prodigaros su Amor. Hay, no obstante, condiciones cíclicas envolventes en las que la irradiación de ese amor puede más libremente descender hasta los mundos humanos y más fácilmente ser absorbida y aprovechada por la Humanidad. Tales son los momentos – como el presente – en que ocurre una gran manifestación crística, una abundante y especialísima precipitación del Amor y de la Sabiduría Divinas que evoca el correspondiente despertar del Amor y de la Sabiduría – el principio crístico – latente en todos los seres humanos.

En una ocasión como esta, tenéis la gran oportunidad de abriros y responder a ese Amor, de madurarlo y difundirlo en el mundo. Seréis así, verdaderamente, el Amor en acción. Al encontrar un tesoro tan grande – el mayor de todos – como el del Amor-Sabiduría Divinos, al conocer que todos lo pueden igualmente encontrar dentro de sí, ¿qué otro impulso habréis de sentir que no sea el de difundir esa portentosa Buena-Nueva?.

Aún y siempre, **buscad la Luz para distribuirla, para transportarla en el mundo, para que abundantemente podáis dar.** Si, aún y siempre ¡dar!

Tal es el corolario del Amor. Recordad que el príncipe Sidartha Gautama – el Buda – cambió su palacio por los caminos polvorientos del mundo, a fin de encontrar las causas y los remedios para todo sufrimiento, cuando descubrió, no el suyo, sino el Dolor del Mundo; que el Cristo, en la cruz, dolorido por los pecados (las causas del sufrimiento) de los hombres, abrió los brazos a todas las criaturas y, entregando su alma al Todo, consumose en la plenitud del Amor Divino.

DOLOR

“El dolor desaparecerá de la faz de la Tierra cuando todos sientan el dolor de cada uno y cada uno sienta el dolor de todos”

Por lo tanto, tendremos primero que enfrentar y penetrar el dolor hasta su raíz, en toda su dimensión y profundidad, en todas sus cambiantes; tendremos primero que refinar nuestra sensibilidad hasta que todos los ecos del sufrimiento hayan resonado en nuestro corazón y madurado nuestra consciencia, despertándola para el vértigo de la ascensión – la liberación de las causas del dolor – y para la conquista plena del Amor que, por fin, hará cesar todas las limitaciones y enjugará todas las lágrimas en su fluir caluroso, en su abrazo radiante.

Para ello, no huyas del dolor, porque tendrás que vencerlo en tu corazón y, para vencerlo, tendrás que mirar de frente, que conocerlo en ti y en todos y, por fin, amarlo, a fin de que muera en tus brazos abiertos para todas las criaturas, para todo el Universo. Más tarde o más pronto, terminarás por hollar ese camino; es inútil, por tanto, usar máscaras, *lentes oscuros* y artificios para fingir – para ti mismo, antes que todo – que no ves el dolor, que desconoces el sufrimiento.

**Si....Tú, que te engañas, que te halagas
con sueños de adomercedora ilusión,
Tú, que te alegras con el brillo falaz de la belleza que ostentas,
Tú, que te enorgulleces de esa condición diferente y burguesa que te adorna,
Tú, que ensayas voces y gestos mimosos, de muñeca,
Tú, que concedes, en ese inmenso escenario de espantosa falsedad,
Tú, que alimentas el gozo de la locura y vana voracidad del mundo,
Tú, que acrecientas el escenario de una noche infinita.....**

**Y aún vosotros - ¡tantos! – hermanos míos,
que no sabéis sentir....
ni cuando las imágenes de horror, de hambre y guerra
- de dolor físico y moral,
de niños sin nexo y amparo,
sin el saludable amor de los padres
que ya más no regresan,
sin protección, sin luz o futuro –
os entran por la casa,
en la ventana, a veces incomoda de una pantalla.....**

**Vosotros que no sabéis sentir
al niño dolorido que os pasa al lado
sin norte, sin alegría,
con ojos tristes de sombra,
y vacío y miedo,
en el pequeño ser que habita....
Vosotros, que así vivís, pedid la piedad de los Cielos
y que os llegue un soplo verdaderamente viviente
que caliente el corazón.**

**Las mareas y las olas del Tiempo se estrellan
y lavan y barren las playas de la vida:
allá lejos,
las carcajadas de la frivolidad
y de la indiferente opulencia enmudecen;
menguan como la espuma.
La risa de la vanidad y de la dureza
se quiebra
y va, en las olas que se retiran.
El dolor, profundo, pero pasajero también,
se lava y se desvanece.
Solo queda la verdadera esencia de las cosas.
Solo no muere la verdadera y digna alegría.
Aquella que provó ser digna. Aquella,**

**consagrada, que proviene de las profundidades del alma,
donde todo es uno y compartido.**

**Vosotros que no conocéis más luz
que la luz oscura y engañosa
de la niebla y de la ilusión que os abraza,.
Despertad, sacudid el polvo falaz que os ofusca.**

En la Naturaleza manifestada, la relación del Todo con la parte produce el dolor, que solo viene a ser redimido y liberado en su relación del hombre con Dios. El dolor es esa llama perenne que ha venido a ser derramada y que es erigida en holocausto por el Amor (el Conocimiento Intimo de la Divinidad). Desaparecerá, finalmente, cuando a través de el, la parte – todas las partes – amar(en) el Todo; cuando todas las partes amarán todas las partes en el Todo y el Todo en todas las partes. Por ahora, en este universo dual, diferenciado, pues, entre espíritu y materia, tan solo el Todo ama a las partes. En la consumación del proceso evolutivo, la Unidad será reintegrada y todo el sufrimiento – que es el resultado y consciencia de la limitación – cesará para siempre, en cumplimiento del Gran Plan Divino.

Frecuentemente, en las horas de mayor dolor y desamparo, en las horas de más densa penumbra y soledad, los hombres se interrogan sobre la bondad de la Divina Providencia. ¿Será que la Naturaleza se cumple tan solo de forma matemática, indiferente al sufrimiento que asola los mundos, que abrasa y que consume, tocados a todos y a cada uno?

No podemos ignorar y eludir esta cuestión.

Si, oprimidos por el peso de una inmensidad aparentemente oscura, muchos formularon ya, tantas veces en silencio, las preguntas: ¿será que la Justicia Divina es tan perfecta... como un reloj cósmico que – imperturbable, gélido maquinal – marca inexorablemente cada fracción de segundo en las mareas del tiempo, arrastrando e imprimiendo en ellas una acción implacable, despiadada y sorda a todas las lamentaciones y agonías? ¿Dónde está la Esperanza, dónde están la Piedad y el Amor Divinos?

Solo podéis obtener alguna luz, para estas cuestiones, comprendiendo la gran limitación y la gran insensatez de las concepciones, aún corrientes, de un Dios – meramente – personal, realmente hecho a “imagen y semejanza” del Hombre, interventor arbitrario y concreto en los pequeños asuntos del mundo, como si participase de la reducida e inmediata visión humana de las cosas.

La Divinidad no es, tan solo, un Ser transcendente al mundo, de una naturaleza ajena a la naturaleza substantiva del universo. En verdad, el Universo y todas las (así llamadas) criaturas son carne de su carne, sangre de su sangre, vida de su vida, seres de su Ser. Él es, si, la Vida que alienta todo el Universo, la cohesión que sustenta todos los mundos, la energía que mueve todas las cosas, el Alma de todas las Almas, la Luz de toda la inspiración.

Es en el Todo Divino que “vivimos, nos movemos y tenemos el ser” (Actos de los Apóstoles XVII,28). Todo yace, todo vive, todo Es en el Seno de lo Absoluto. Todo, hasta incluso nuestros pensamientos y nuestros movimientos de amor – que, por eso, no son propia y originalmente nuestros (en términos exclusivos), puesto que nada puede existir fuera o separado del Todo Universal, de los dominios de lo Absoluto.

De este modo, todas las posibilidades que sobrevuelan vuestros sueños y anhelos, son (aún solo) virtualidades en los mundos de la manifestación objetiva, pero constituyen realidades vivientes en el Gran Océano de las Causas, en el mundo de la única Realidad Absoluta. Todo cuanto podáis entrever, vivenciar y expresar, (pre)existe en la Mente Divina, como arquetipo, aguardando que lo precipitéis y concreticéis.

Si presentís la Bondad, entonces ella existe.

Si presentís la Misericordia, entonces ella existe.

Y si presentís – y algo en vosotros os los exige interiormente – el Amor y la Compasión, entonces ellos existen y aguardan la oportunidad de manifestarse.

Nos cabe a nosotros, a todos lo seres – a partir del momento en que, en su transcurso evolutivo, alcanzan la autoconciencia – traer al mundo formal esos bienes gloriosos, manifestándolos progresivamente (más) en cada acto, en cada sentimiento, en cada pensamiento, en cada situación, en cada experiencia, en cada relación para con todo y con todos. El Plan de la Divinidad se realiza en nosotros y a través nuestro, que somos su Expresión, que en Ella y de Ella tenemos su esencia, la vida y la raíz de todas las virtudes, de todas las cualidades, de toda la consciencia.

Dios transcendente – Aquel que, habiendo impregnado todo el Universo con su Vida, permanece aún más allá de ella (Bhagavad Gita, IX,4-5) – no impone el Amor o la Bondad; pero, de ese Amor y de esa Bondad, es el fundamento y la Vida que los posibilitan. Todos los seres que pueblan su Universo tienen impreso en sus corazones, en sus núcleos más íntimos – allá donde vibra más puramente la Vida Divina – el Amor, la Compasión, la Sabiduría y todas las más nobles cualidades. Mientras tanto, sumergidos en la materia, esas cualidades pueden permanecer en latencia (aguardando el momento y las condiciones propicias para su manifestación) y tienen sus sombras o contrarios (correspondientes, por oposición, o negación, de aquellas cualidades) visto que todo es dual en el Universo manifestado, o sea, donde existe la diferenciación Espíritu-Materia.

Cada unidad de vida puede, así, en tiempo y espacio, ir oscilando o escogiendo entre cada uno de esos dos polos (cada cualidad o respectiva sombra), urdiendo progresiva e ininterrumpidamente los hilos de su destino y entretejiéndolos con los hilos mayores del destino colectivo. La elección de los polos positivos, de las conductas afines con la luz de la virtud, del amor y de la sabiduría, genera felicidad, armonía y amplitud de comprensión, porque se equilibra con el Orden y con el Equilibrio de la Ley Universal. Por el contrario, la acción – física, emocional o intelectual – malévolas, de tenor separatista y desamorosa, afín con la sombra (o ilusión) y con el reverso de las virtudes, genera infelicidad, circunstancias desarmónicas y condiciones dolorosas. Es así, porque tales comportamientos rechazan el Equilibrio Universal e, intentando empujar la Ley Universal (a su conveniencia), sufren necesariamente el efecto del reajuste (inevitable) del péndulo; pero es igualmente así porque, de ese modo, cada ser experimenta en la práctica, exactamente el sufrimiento o el mal que, con conductas inadecuadas, provocó a otras expresiones de vida. Descubriendo la agudeza del dolor, él irá queriendo apartarse del sufrimiento y después, progresivamente, irá despertando en sí la sensibilidad relativamente a otros seres. Se trata, en resumen, del aprendizaje, en niveles cada vez más amplios y abarcatos – hasta una futura comunión cósmica final – de la regla de Oro expresada por Jesús y, antes aún, por Confucio:” **No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti” o “Haz a los demás lo que quieres que a ti te hagan”**.

Por esta vía, el Amor se vuelve, no una imposición o una “sugestión” externa sino, una necesidad interior, un impulso vital arraigado en una vivencia propia. La Ley de Dios nos permite entender esta lección profunda, total, para que más adelante cada uno de nosotros, a su vez, se vuelva la Divinidad, la Vida, la Ley y la inspiración de otros universos, en que otros seres, en esa Luz, superada la ilusión y la sombra, encontrarán el fundamento para aprender, manifestar y comulgar totalmente en el Amor.

En verdad, el dolor es un medio grandioso de aprendizaje y, a medida que vamos comprendiendo, que vamos afirmando nuestra alegría en la virtud, en el amor y en la comunión, espontáneamente le tributamos el amor de la gratitud – a ella que, disolviéndonos la ilusión y sus frágiles y aparentes alegrías, nos rasgó los horizontes para alegrías mucho más amplias, intensas y perennes, porque reales..

Hemos de devolver a la Naturaleza las energías con que fabricamos nuestras ilusiones y ella nos la viene a buscar de forma que, para vosotros, es siempre dolorosa. En la proporción en la que distorsionamos y malbaratamos la energía (la matriz universal) para usos infundados y desequilibrados, ilegítimos, porque irreales, tendremos de deshacer – necesariamente – esas construcciones. (Nada nos obliga a sufrir, si no el deseo de las cosas que nos hacen sufrir).

Si, por ejemplo, alimentamos nuestro egoísmo, en sus mil facetas y exigencias, perturbando el equilibrio universal; si colaboramos en alimentar la triste “monería” patente en la feria de las vanas ilusiones que tan frecuentemente han llenado la existencia de la Humanidad Terrestre, la Naturaleza – Reina y Señora – viene a recuperar esa fuerza, rasgada de las fibras de nuestro corazón y usada ilegítimamente para construcciones disconformes con las leyes cósmicas, o sea, con las leyes divinas. Ella todo hace astillas, disuelve y reduce a polvo en ese reino de ilusión; solamente permanece lo que es real, lo que es divino en todos los seres, lo que es punto de equilibrio y sustentación, lo que es fundamento de vida, de auténtica plenitud de alegría.

Una a una, a través del dolor, la Ley Divina de Equilibrio Universal, va arrancando todas las máscaras que nos habituamos a confundir con la cara verdadera de las cosas. Al fin – y por eso – permanecemos cara a cara con la realidad de nosotros y de todo – en nosotros y en todo – y, conociéndonos por lo que somos, conociendo lo Que Eternamente Es, pasaremos, para siempre, más allá del dolor.

En verdad, cuanto tormento existe en cada expansión de Amor. Y, sin embargo, cuanta alegría y plenitud sobrevienen, al final.

Así, por larga y dura que sea vuestra agonía, sabed que todos los padecimientos son efímeros y se desvanecerán al acercarnos a la Luz Mayor: a la Realidad Divina – al final, la única realidad. En la Luz plena y radiante de esa mañana eterna, veréis con absoluta nitidez como todo el sufrimiento, toda la lucha y todo el dolor fueron tan solo las cimas más clamorosas de un sueño, vuelto pesadilla, en el que parecíais ser lo que no sois, en el que todas las cosas aparentaban ser lo que no son; veréis como fueron esos momentos más agudos los que os sacudieron, sobresaltaron y progresivamente despertaron, al introducir la duda, la pregunta vital: **¿no hay otra significación más real y más feliz para todo esto? ¿Es esta misma la realidad, o no pasa todo de ser un sueño que creé, que de mi depende, que puedo alterar por la fuerza de mi querer?.**

El dolor nos permite rasgar los horizontes del espíritu, cruzar rápidamente las coordenadas de los espacios de la Psique en términos cosmológicos. El dolor es una poderosa dinamó, que, si lo supiésemos comprender, nos catapulta hacia estados y planos de consciencia más vívidos, de mayor transparencia, acuidad y luminosidad, actualizando así el potencial de las experiencias realizadas en el pasado – en el conjunto de muchas existencias que nos son proporcionadas a fin de que podamos aprender, progresar, amar y servir.

De hecho, en todas y cada una de las existencias, de las reencarnaciones en los mundos de la forma, cualquier fenómeno o eco de dolor asume un aspecto dual: existe, es claro, un aspecto presente, objetivo y, necesariamente, productor de consecuencias futuras; pero existe también otro, más subjetivo y pujante, que actualiza los saldos kármicos, que recrudece la fuerza y el símbolo de la experimentación lejana, que aviva la consciencia potencial, transfundiéndola hacia un presente siempre más sólido, más real, más pleno y consumado. Despertamos más cada vez que sufrimos. Despertamos más para la vida cada vez que algo de nosotros – de nuestra naturaleza transitoria – muere en cada dolor. La experiencia repetida de los sucesivos dolores va matando la sombra y la ilusión. En grados avanzados del Camino, destruye las líneas divisorias de

todo egoísmo y separatividad, permitiéndonos fundir las voces de todos los seres y usufructuar, sin barreras, del amor de todo – y por todo – cuanto vive.

“El espíritu quema las diferencias. Al quemarlas, parece hacerlas mayores. Tal es la razón del dolor del discípulo.

(“Las Nuevas Escrituras, Vol.II – Mensajes de los Avatares Invisibles”)

Ante hechos objetivamente iguales, el dolor aparente de un discípulo en el Camino es inmensamente mayor que el dolor de un ser humano común, porque transporta en sí la correspondencia y el símbolo de millares de dolores de un pasado (de muchas encarnaciones) necesariamente más largo y que, por tanto, despertó e hizo uso de una sensibilidad más profunda e interiorizada. Al mismo tiempo, su propio dolor se encuentra adicionado y multiplicado por los sufrimientos de incontables otros seres que, con esa sensibilidad más despierta, él siente y conscientiza incomparablemente más. De este modo, su dolor es simultáneamente reforzado, pero relativizado, por la toma de consciencia del dolor “ajeno”.

Por todo esto, la vida del discípulo es muchísimo más intensa y, en condiciones envolventes semejantes, prodigadora de más elevados estados de consciencia. Cualquier circunstancia aparentemente irrelevante es una oportunidad de descodificación y comprensión de importantes leyes regentes del Hombre y del Universo. En las aparentes insignificancias, en los supuestos pormenores despreciados por la mentalidad común, podrá el discípulo aprender valiosísimos datos e informaciones; así, para él, la vida (terrena) es un riquísimo libro donde, en letras de oro, sagradas instrucciones están impresas.

Él, que transmuta el sufrimiento en Amor y Sabiduría, es, por consiguiente, un precioso agente transmutador de obscuridad en luminosidad. Su dolor se hace bálsamo de dulzura sobre los dolores del mundo. En eso consiste su mayor alegría y la razón de ser de su existencia y poco importa que lo ataquen las olas de la incompreensión, del juicio liviano y cruel, de la locura humana siempre pronta a condenar y a ridiculizar lo que hoy no entiende – y a los que más tarde erige altares y, ya desvirtuado, transforma en dogmas y verdades acabadas -.

Además de eso – y hasta por todo esto -, el discípulo consagrado se vuelve firme en el amor, **persistente en su andadura**, consonante en su Servicio, porque conquistó el Saber y conoce – más allá de toda duda – que, al final de la peregrinación de las mónadas por los reinos de la materia, la Naturaleza erradicará de sí el dolor y banderas de luz ondearán todos los recónditos lugares del Universo.

Los peldaños sombríos habrán quedado atrás y se habrán disuelto como una pesadilla, al acercarnos plenamente a la clara luz de la realidad. La separatividad es pasajera pero la Compasión es perenne; el dolor es temporal pero el Amor es infinito; la ilusión es pasajera pero la Realidad es eterna.

TRABAJO

Frecuentemente, los condicionalismos de la vida terrena podrán obligaros a adoptar una profesión que no se adapte a vuestras aspiraciones o a vuestra naturaleza interior y que, especialmente, en nada contribuya a la construcción de una sociedad más equilibrada, más sana y más justa.

Aún así – y aún que podáis considerar estéril o fútil vuestro trabajo presente – poned en él algo de lo mejor de vosotros mismos. Pensad que vuestra corrección, vuestra buena voluntad, vuestro espeto y pureza de intenciones tendrán un papel efectivo y definido en un general cambio de dirección de la sociedad. Esa energía, firme y auténtica, es dinámica y actuará como un eje orientador (una aguja) de una brújula (que está sujeta pero que, a su vez, impone una determinada fuerza); invisible pero definidamente, la dirección determinada se alinea con un rumbo de armonía y de auténtico progreso.

Comprendiendo esta posibilidad, no os sentiréis tan inútiles, revueltos o impotentes y eso constituirá un incentivo para el trabajo que tendéis a despreciar. Reparad que una actitud de absoluta aridez y desinterés – en cierto modo de desinserción del todo social – podrá ser una contribución al esparcimiento de una atmósfera de desorden y deshonestidad fundamentales (si bien que inconscientes e involuntarias).

El mundo, la civilización, tiene su propia ruta, determinada por la vibración media de la consciencia del colectivo de sus habitantes. No es posible hacer mudar el pensamiento, los hábitos y las costumbres generalizadas tan rápidamente como a algunos de vosotros os gustaría; sin embargo, podéis oculta y anónimamente contribuir a la suavización y paciente dilución de las cristalizaciones, a la sutilización y elevación de la mentalidad predominante.

No obstante, si, entretanto, otro trabajo más útil y conforme con vuestros horizontes (comunitarios, éticos y espiritualistas) os surge, entonces, si, debéis cambiar. Vuestro esfuerzo y aplicación, atestiguados y entrenados en las más duras condiciones anteriores, serán aún mejor realizados, conducidos y rentabilizados, toda vez que las líneas de fuerza del nuevo trabajo no serán retrógradas y divergentes de la armonía de la ley natural y así, os habituáis cada vez más a **merecer ser más útiles**.

En verdad, el derecho de poder ser más útil es igualmente una conquista que depende de vuestro mérito y del rigor y corrección con que aprovechéis cada oportunidad – por pequeña que sea – que se os depare. Es el buen desempeño de los pequeños papeles el que propicia el futuro desempeño de otros más amplios y complejos.

El trabajo profesional contemporáneo es un buen entrenamiento para muchos – nada menos pero también nada más que eso -. Representa el modo posible de cultivar y enraizar algunos hábitos de método y disciplina, de uso de la voluntad sobre la inercia, de alguna actividad mental (que en otro caso sería prácticamente nula), de movilidad al nivel físico, de un mínimo de responsabilidad, sentido colectivo y capacidad cooperativa. Podéis constatar eso mismo, verificando como la mayor parte de los hombres y mujeres, no estando ocupados en una obligación de trabajo material o profesional (por ejemplo, fuera del horario laboral), se sumergen en una casi completa ociosidad (como la simple y ligera atención de lo que pasa en la televisión) y en una deplorable letargia mental. Quedan, entonces, oscilando entre la pereza y el tedio, siendo frecuente el lamento “¡no tengo nada que hacer!”. Y, tristemente, cuando algo les ocurre para que se ocupen, ¿cuántas veces no se entregan a inutilidades, desobediencias y prácticas viciosas y nocivas?.

En verdad, fuera de las obligaciones profesionales o de un utilitarismo inmediato, nada aún motiva a la mayoría de los hombres a una actividad mínimamente constructiva; nada los impele a un esfuerzo en pro del bien común (asentado en una noción de responsabilidades ante el todo en que participan); nada ocupa sus mentes tristemente vacías – esos intelectos de que tanto se enorgullecen y que, sin embargo, permanecen tan incipientes y casi embrionarios -.

En nada hay exageración cuando se afirma que la mayor parte de los hombres prácticamente no piensa (creativamente); se limita, banal y rutinariamente, a reproducir pensamientos ajenos, con la misma infantilidad (en este caso, infantilidad evolutiva) con que los niños imitan los gestos de los adultos.

Su formulación mental es, aún, primaria y estrecha, incapaz de extenderse en términos más amplios. A tal punto se vincula íntimamente su egoísmo, que es una forma de estrechez psicológica. También por eso mismo se comprende la generalizada incapacidad o, más aún, la generalizada inapetencia para intentar vislumbrar, estudiar y conocer el sentido del Universo y de la vida. Los hombres surgen en el mundo y rápidamente empiezan a moverse, a luchar y a regatear por la satisfacción de sus exclusivos intereses inmediatos y materiales, sin jamás cuestionarse de los “porqués” y “para qué” de la existencia. Si se nos es permitida la crudeza de esta imagen, es algo semejante a los muñecos que, habiéndoseles dado cuerda, empiezan a mecerse y a agitarse espasmódicamente, sin saber por que motivo y para que objetivo verdaderamente y claramente formulado. Al final, la misma estrechez mental impide que, tampoco, exista la capacidad de formular una concepción abarcante y no meramente puntual e inmediateista sobre los caminos deseables y adecuados para la orientación, al menos, del mundo material y sus asuntos.

Los mismos exponentes de una profesión, muy frecuentemente, son casi totalmente inhábiles, inconsecuentes y ajenos en cualquier otro campo de actividad, de expresión o de pensamiento que no sea el de su especialidad profesional. Asimismo, sus propios intereses mentales asumidos se restringen a su específica área profesional.

En suma, la vinculación generalizada de la Humanidad con respeto a formalizados – y tantas veces rigurosos – deberes profesionales, representa actualmente el medio necesario para inducir a desviarse de la continua nocividad y de la inercia física y mental, así como para acelerar un embrión de sentido de cooperación y trabajo grupal. Lo poco que los hombres y mujeres conquistaron de adiestramiento mental, es debido a la necesidad de responder a los desafíos de sobrevivencia, a las obligaciones socio-profesionales y, también, a la educación obligatoria por la cual se optado en los últimos siglos (y que constituye el fundamento de una gran posibilidad evolutiva).

No obstante, y consecuentemente, a medida que los seres humanos hayan conquistado la madurez requerida para autoinducir su propia actividad mental (y su expresión física), igual como el sentido de responsabilidad hacia el todo y para con la causa del progreso general, a todos los niveles, el rigor de las obligaciones profesionales se volverá gradualmente menos necesario y deberá incluso difuminarse y reducirse.

Se espera, pues, que la ya visiblemente posible (y hasta imperiosa, por la necesidad de afrontar los progresos de la tecnología y la creciente desproporción entre oferta y búsqueda de empleo) reducción futura de los horarios y el número de días de trabajo, sea la contraparte de un superior estado psicológico de la Humanidad. Siendo así, no solo una más inteligente justa y solidaria conducción de los asuntos sociales y económicos habrá posibilitado que todos pasen a vivir condignamente trabajando menos (pero más adecuadamente, por que de forma más lúcida) sino, por otro lado, los hombres y mujeres ocuparán el tiempo acrecentadamente libre de forma digna, útil y enaltecedora.

Tendrá igualmente que comprenderse la insanidad de la preocupación excesiva por las progresiones en la carrera, por el éxito y la realización profesional (entendido más allá de la noción efectiva y comprobada utilidad social), de la lucha por el prestigio adveniente de un puesto profesional más elevado y de la especialización en un campo restringido de intereses que ciega para toda la restante amplitud y, además, representa un desequilibrio psicológico y energético verdaderamente nocivo. También entonces, se entenderá de una manera más general, cuanto un tal ambiente puede significar de dolorosas y difícilmente soportable carga de sacrificio para aquellos que, no necesitando ya de la dureza y del rigor de ese entrenamiento, se dedicarían espontáneamente a la creatividad mental, al perfeccionamiento y enriquecimiento cualitativo de su interior y a la asunción de sus responsabilidades en el todo social, a través de un trabajo y un esfuerzo constantes en pro

del beneficio real del Género Humano. En el futuro, en una sociedad evolucionada y atenta a los valores y a las cualidades interiores, resultará natural y evidente la concesión de facilidades y condiciones propicias a quien pueda realizar tareas de superior dimensión, creatividad y amplitud en el proceso de dignificación de la Raza Humana como un todo – conduciéndola a una plenitud de realización y de felicidad muy por encima de lo que hasta ahora habéis conocido, y arrastrando relevantes transformaciones en otros reinos de la Naturaleza – requiere la contribución de todos sus elementos, de todas sus partes constituyentes. El inicio de la contribución de cada unidad humana es, naturalmente, distinto en el tiempo. Mientras, lo que importa es que esa contribución sea dada – y tanto mejor será para el propio individuo (que así estará manifestando su naturaleza más noble, de donde proviene una verdadera y perenne alegría) como para la colectividad, cuanto más útil y más generalizada y duramente se hicieran sentir los efectos de esa contribución, y menor fuera la preocupación por los intereses exclusivos y egoístas. De este modo, los más maduros, evolutivamente, entre los seres humanos, se encontrarán con la exigencia interior de ocuparse de un trabajo más importante y útil (o por lo menos, complementario) en relación a aquel que la gran mayoría de las profesiones actuales realiza.

Nos encontramos aquí, consecuentemente, con la noción del trabajo espiritual – al que, por regla general, denominamos Servicio. Esta es la más digna de las actividades humanas y la consumación de todas las que verdaderamente interesan. No obstante, importa aún aclarar que, por servicio espiritual, no pretendemos significar (necesaria o exclusivamente) una actividad de tenor religioso, filosófico, espiritualista o esotérico. Llamamos servicio espiritual a todo esfuerzo, necesariamente imbuido de impulso altruista, que contribuya a la dignificación del ser humano – o de alguna otra entidad, individual o colectiva – en cualquier nivel de existencia. De forma algo más compleja para alguno de vosotros, podríamos decir que servicio espiritual es una iniciativa cualquiera que represente la reaproximación entre la materia y el espíritu, o, también en otras palabras, que represente algún tipo de revelación del mundo interno de valores, significados e ideales, en la apariencia externa – sea esa apariencia física, emocional o intelectual.

Asimismo, es servicio espiritual la formulación o la divulgación de una concepción filosófico-religiosa o de un método de desarrollo interior asentados en coordenadas de realidad. Pero es también servicio espiritual el esfuerzo para la correcta fundamentación ética de la actividad humana; es servicio espiritual el esfuerzo para volver más generalizada y perfecta la educación de los jóvenes; es servicio espiritual la expresión, a través del Arte, de contenidos que estimulen la realización de ideales más elevados; es servicio espiritual cualquier iniciativa que contribuya a desvanecer fanatismos, racismos o nacionalismos exacerbados y para el surgimiento de una comprensión y de una vivencia universalista; es servicio espiritual la utilización de los recursos financieros de forma adecuada y socialmente útil (lo que es incompatible tanto con el derroche como con la retención excesiva), igual como su disponibilización para causas nobles y altruistas; es servicio espiritual la realización (la elaboración o exposición de los mejores ateniotes) de una política práctica que concurra a un justo y equilibrado bienestar de las poblaciones, concediéndoles el necesario usufructo de los bienes materiales, sociales, sanitarios, tecnológicos y culturales que, sin conducir a ostentación o despilfarro, constituya el punto de partida (adecuado al actual estado evolutivo de la Humanidad) para los superiores vuelos del espíritu.

Mientras, considerar con atención: *El Servicio espiritual es tanto más importante y útil cuanto más amplios, duraderos y estables fuesen sus efectos. Dar una limosna puede ser una buena y útil acción. Ofrecer dinero a organizaciones que combatan, más generalizadamente, el hambre y la miseria, es sin duda aún más útil. No obstante, dar el mismo dinero a instituciones que, verdadera y comprobadamente, combaten el hambre y la miseria psicológicas y espirituales, que son las verdaderas causas de aquellos males físicos; a instituciones que trabajan para que, naciendo la paz en los corazones, cese la guerra en la faz de la Tierra, despertando el amor en los corazones, termine el odio y la violencia en el mundo, germinando una consciencia universalista, acaben las separaciones y xenofobias, comprobando y explicando la existencia de los mundos suprafísicos, se extinga el dolor y la angustia de la muerte, dando a conocer valores más elevados y los contornos del horizonte de un Mundo Nuevo, se ponga fin al obscurantismo y a la bajeza de costumbres – ese será ciertamente, un Servicio aún mayor y más beneficioso.*

Así, no quedéis, nunca y en ningún caso, insensibles ante el dolor individualizado que está delante vuestro; pero no olvidéis que no basta aliviar este dolor – y quedar con la conciencia tranquila – cuando millones de otros sufrimientos, carencias y necesidades existen en el mundo. Nunca y en ningún caso tengáis la indiferencia de rechazar la simpatía y el apoyo humano que puedan aminorar, en ese momento, la crudeza de un dolor de alguien que se os dirija; sin embargo, no olvidéis que sin curar las causas – y no, tan solo y principalmente, los efectos – jamás el sufrimiento, la privación, el error, la obscuridad y la desgracia dejarán de irrumpir (aunque revestidas de formas siempre cambiantes) en la misma persona y en millones y millones de otras personas, en todas partes y por los tiempos venideros.

De este modo, considerad el Servicio espiritual como una contribución – grande o pequeña, poco interesa, desde que honestamente la hagáis lo mejor posible – para que pueda nacer, generalizadamente, una nueva consciencia, más luminosa, menos egoísta, más llena de comprensión, de amor, de fraternidad, de conquistada sabiduría de lo esencial, de alegría comulgante con la naturaleza de las cosas. A medida que así fuera, este

surgirá, inevitable y objetivamente , en la faz de la Tierra. Habremos así verdaderamente realizado un Trabajo de Magia Blanca.

En efecto, la Magia es un acto de cada día – un acto, no obstante -, de quien se identifica, dialoga y coopera con la Naturaleza.

La potencia de la Magia no requiere un conocimiento sofisticado, artificial o externo de las cosas pero, si, un conocimiento de su sencillez, de su entraña, de su verdad, de su esencia. Es una ciencia del alma; no una ciencia encomendada a las cátedras de piedra y cal.

Por eso desconfía de quien se arroga títulos de mago y ostenta e insinúa misteriosos, altísimos... pero vedados conocimientos. Desconfía de los clanes de los “elegidos”. Donde la vanidad es la argamasa para el alineamiento de los ladrillos en la construcción de edificios tan pretendidamente altos como vacíos: codo a codo, en juegos de táctica conveniencia, los actores de esas farsas engañosas crecen, compadrecen y se enfatúan de convencimiento y de vanidad, dictando, una vez más y siempre, las reglas aleatorias de la ilusión, del elitismo y de la mentira.

Al contrario, elige la sencillez. En las organizaciones externas, toma por criterios de evaluación la espontánea transparencia y la sincera humildad. Allá donde vislumbres arrogancia y altivez, donde percibieras la vanidad y opulencia de fachada, donde hubiese cedencia a títulos, grados y otras ociosas (y capciosas) “recompensas” y halagos de la personalidad, queda seguro de no encontrar el apoyo y las orientaciones que puedan ser fiables. En tales medios de artificialidad, no puede existir la legitimidad representativa de la “Casa del Saber y de la Justicia”.

De este modo, no te engañes. Asegúrate de tus verdaderas motivaciones. Si lo que buscas aún son los brillos inconsecuentes de las pequeñas curiosidades y entretenimientos, desinterésate y busca por ahora otro camino. La Senda del Servicio y de la Magia Constructiva es un camino de exigencia interior, de sacrificio de las motivaciones personales a favor del bien de todos, de constancia y persistencia en la efectivación del Amor.

Si, empero, es puro tu querer y límpida tu intención, trabaja con ahinco en la búsqueda del Conocimiento; aún así, piensa que el móvil deberá estar exento de cualquier egoísmo. La motivación solo es legítima si consiste en la comprensión de las Leyes y de los medios que posibiliten un bien verdadero y altruista.

El egoísmo tiene muchas caras, muchas máscaras, muchos cambiantes sutiles. Aprende, pues, que el egoísmo más complejo y más difícil de identificar en nosotros, es aquel más oculto y abstracto, movido y seducido por objetivos más impalpables, menos corpóreos – el prestigio, la vanidad, el poder para usufructo de nosotros mismos... -.

La honestidad, a todos los títulos – la exigencia de rigor en la corrección e integridad de nuestras acciones – es un bien fundamental y multiplicador de muchas otras virtudes. Cultívala celosamente.

También ella está camuflada, tapada por muchos velos. Es como un capullo de rosa que aún no abrió y cuyos pétalos cerrados ocultan el corazón. Solo conocerás la autenticidad en ti (o de ti) y, con eso, la verdadera victoria, en el día que desvelares todos los velos y solo restase el impulso amoroso y ardiente del corazón.

No temas dejar para atrás y perder todo lo que con esfuerzo amasaste en los mundos y planos de la forma. La esencia nunca muere. Y ella es vuestra única compañera. Omnisciente, omniabarcante e identificable con la tuya y con todas las conciencias, ella es única y soberana.

Los objetivos legítimos y reales se hallan en los mundos superiores aún imponderables para los sentidos comunes más susceptibles de ser vivenciados en consciencia, en entendimiento interior. Yérguete hasta ellos (para después, por un acto de voluntad, hacerlos descender sobre el mundo), persíguelos allá donde la vida vuelve pleno todo lo que se mueve y donde nada o nadie es más importante que nadie o separado de quienquiera que sea. No queráis el saber y el poder para con ellos cincelar y remarcar aún más los rasgos de tu personalidad pero, si, para a través de su uso diluir los contornos, las barreras que te separan de los otros y del mundo.

Abdica de ti y crecerás en verdadera grandeza e identidad – la única y Real Identidad -.

En la Era que se inicia, la simple oración formulada en el intento de pedir (por regla general, tan solo para uno mismo o para los que le son más próximos) debe ser substituida (o por lo menos complementada) por una acción autodeterminada. Deberá volverse asumidamente más adulta y participante (activa, por tanto) y no infantilmente dependiente y pasiva: al revés de la formulación de un pedido, frecuentemente, a un “Dios” externo y ajeno a nuestra naturaleza individual y esencial, deberá constituir un orden interior – una determinación de nuestra Divinidad o naturaleza espiritual, - en consonancia con nuestra naturaleza más superficial o material que se le dirige y que se abre. No se tratará, pues, de una orden coloreada por cualquier ambición personalística, dissociada del equilibrio y de la justicia universales sino tan solo, y solamente, de una formulación de la voluntad integrada, en perfecta armonía con lo que nos rodea, dictada por motivaciones puras, justas, elevadas y conformes con la Ley de todas las leyes.

Es vitalmente necesario aprender a **saber querer**, esto es, apelar a lo Divino, invocando en nosotros la Potencia y la Sabiduría de esa Fuente, a fin de que Su Luz se derrame y cubra de gloria toda la Manifestación.

Es necesario entender y vivenciar la determinación de que nuestro querer – incluso en sus más pequeñas expresiones – no pueda nunca ser ocioso y gratuito ni manchar en orden del “Querer Mayor” – la Voluntad Divina – de toda la Manifestación.

Es esa magia operativa y actuante que, entre otras grandes cualidades y atributos a desarrollar y realizar, caracteriza la Nueva Era recién iniciada. Es ese el proceso autorizado y autoconsciente que se llama

“transmutación espiritual”. Consiste en un repetido Acto de Voluntad, dirigido a nuestro Yo más Real y profundo y elevando a él en el cáliz de Amor-Sabiduría – la oblación legitimada por la sublimación de nuestra consciencia -, en la consubstanciación (unión) con “nuestro Padre que está en el Cielo” (o sea con nuestra Naturaleza más íntima, la Divinidad que está dentro nuestro).

SALUD

La vida de los cuerpos mental y emocional y, particularmente del cuerpo físico desarrolla continuas transformaciones y combustiones. Toda la actividad, sea la que corresponde a un esfuerzo físico, sea la de una emoción, sea la de la elaboración de un pensamiento, comprende un sin número de aglutinaciones, asociaciones, transferencias, mutaciones. Cada emoción o cada pensamiento implica un esfuerzo complejo, un específico fenómeno eléctrico con resonancias en todos los cuerpos de la personalidad; cada emoción o cada pensamiento se descompone y origina un residuo propio del cual, en regla, es saludable conservar la esencia pero de cuyas “cenizas” debemos saber descartarnos. La sucesiva acumulación de esas materias residuales (provinientes del mar incesante de los pensamientos, emociones y asimilaciones químicas de todos los días, – *El Plano físico es la esfera inferior (“el abismo”) donde se depositan todos los residuos de la actividad de los planos que le quedan vibratoriamente encima* – con el tiempo, van obstruyendo los tejidos constituyentes de la estructura corporal, cristalizándolos y dando origen al envejecimiento.

Hay, empero, un proceso natural y eficiente de purificación e higiene del organismo que consiste en la justa eliminación y expurgación de estos detritus acumulados en él y en el circuito energético que impregna e interrelaciona todos nuestros cuerpos inferiores: el cuerpo mental, el cuerpo emocional y el cuerpo físico.

Hoy en día, se operan grandes y, a veces, eficaces panaceas por los ya múltiples métodos de aplicación de energías, como son, la cromoterapia, la músicoterapia, los ultrasonidos, el recurso al láser y a la radioterapia, las “florales de Bach”, la ingestión de energizantes dietéticos, etc... etc... No obstante, el modelo más eficaz, incisivo y duradero de tratamiento o de conservación de la salud es aquel que utiliza la energía radicalmente – esto es, de la raíz -, del interior, de adentro. La comprensión de cómo hacer el reconocimiento y utilización de esa energía fundamental es un bien inestimable y el respectivo uso, progresivamente más efectivo, está a alcance de todos.

De hecho, todos podemos legítimamente recurrir a la fuente de toda vida, invocando su fuerza, su belleza y su inteligencia para la promoción de la armonía, del equilibrio y de la salud. Oíd ahora con atención: podemos imaginar una suave luz blanca que emana de lo más interior de nosotros mismos y que, gradual y cada vez más definida e intensamente, impregna nuestros cuerpos, nuestros órganos y, abriendo camino, va disolviendo las impurezas y restaurando la salud y el equilibrio. No lo olvidéis: esa luz es vida – vida pujante y pura – y tiene un poder inconmensurable que no debéis subestimar. Con el tiempo, lo conoceréis y verificaréis que es capaz de operar verdaderos “prodigios”. No hay fuerza más regeneradora que la luz interior, proveniente de los planos más sutiles de la **Realidad perenne**.

En las dolencias degenerativas, más que las terapias externas de utilizaciones energéticas – especialmente, las de la radioterapia, que muchas veces debilitan vitalmente el tejido estructural global, actuando solamente en las capas más externas de los tumores, de las necrosis, dejando indemne y proliferante la raíz etérica contaminada – más que las terapias externas, decíamos, es fundamental que se aprenda a reconocer y a utilizar las energías vitales superiores en su propio curso natural descendente donde, sucesivamente, (y por ese orden natural), son bañados y activados los diferentes cuerpos de la personalidad. Es, pues, importante que el trayecto de esa luz purificadora (que definitivamente está siendo invocada) se realice pasando primero por los cuerpos suprafísicos que rodean el alma (el *cuerpo mental* – el más íntimo o interno -, el *cuerpo astral*, más denso, vibratoriamente, y el *cuerpo físico etérico*, aún más denso o inferior) y, no, al contrario, como se procede en los métodos externos, privilegiando e incidiendo en primer lugar en el “envoltorio” corporal (físico) y alcanzando e irradiando poco para los niveles superiores más internos.

Sabemos bien que no es súbitamente que se adquiere el dominio y la pericia radical e infalible de esa práctica. Para que sea, en absoluto, exitosa, es necesario que sepamos polarizar, concentrar y mantener nuestra consciencia en aquella luz y, definitivamente y con constancia, en esos propósitos de desobstrucción, purificación y cura. Lograr esa disciplina y ese **saber querer** es, no obstante, tanto más difícil cuanto, hasta ahora, os hayáis vuelto dispersos y afinizados con el torbellino y los laberintos mentales y emocionales de ese vuestro mundo.

La práctica de la meditación (desde que es correcta, adecuada e inegoísticamente llevada a cabo) y la polarización natural (esto es, ya conquistada por un abnegado esfuerzo de perfeccionamiento evolutivo) de la consciencia en los niveles de frecuencia vibratoria superior son muy determinantes para un estado de plena salud. Jesús, el Nazareno, podía efectivamente focalizarse espontáneamente y de inmediato en esos niveles de consciencia – donde la propia alma del enfermo podía ser contactada – e inducir (y conducir) él mismo el descenso del flujo energético superior capaz de reanimar o regenerar un órgano enfermo o inanimado.

Técnicamente, lo que sucedía es que esa “fuerza” superior tenía el poder de invocar y de activar la memoria genética del enfermo, activando los mecanismos de rehabilitación o de restauración orgánico-físicos y produciendo, así, la (trans)mutación biológica.

De igual modo, cualquier otro verdadero Maestro puede conseguir resultados idénticos.

Vosotros, tenéis todavía un camino más extenso por recorrer en el regreso (o re-unión) a la divinidad; no obstante, con persistencia (apelando a la Voluntad Superior que hay en vosotros), es posible a todos un progreso sensible y decisivo en dirección a un estado de equilibrio y salud.

En muchos casos, esta podría retornar su supierais ser firmes en el propósito y en la identificación con la armonía y con la Luz. Vuelvo a expresarme en términos muy precisos y objetivos: intentad visualizar esa luz proviniendo del centro de vuestra consciencia, vehiculándose partiendo de la médula espinal (o, más definidamente, de cada chakra (1) allí radicado), y derramándose sobre todo el organismo, impregnándolo (vitalizando, nutriendo y asegurando la salud y la armonía). La Luz de que os hablo es verdaderamente un fuego vivo – un fuego “líquido” e irradiante, que arde pero no quema; un disolvente de toda la impureza y la iniquidad. Lavaos en esa agua de vida, en esa cascada de luz y amor!. De esa forma contribuiréis poderosamente a alcanzar y conservar un estado de salud y de equilibrio.

(1)- *Chakras son centros o vórtices de energía localizados en el cuerpo etérico. Hay siete centros principales. Las glándulas endocrinas (de secreción interna) son, bajo muchos aspectos, la contraparte física densa de los chakras. Así, el centro coronario corresponde a la epífisis o glándula pineal; el centro entre las cejas (ajna) corresponde a la hipófisis o cuerpo pituitario; el centro laríngeo, a la tiroide, el cardíaco, al timo; el plexo solar al páncreas, el sacro a las gónadas y el centro de la base de la columna vertebral a las adrenales.*

En tratamientos de una zona del cuerpo u órgano específico, podéis usar el mismo método, pero, visualizando y tomando como núcleo irradiante el chakra al que ese órgano o zona se restringe.

En especial, la mujer embarazada debería saber utilizar ese bien precioso de invocación y “reconocimiento” de la luz, lo que, ciertamente, sería de inestimable valor para garantizar las mejores condiciones y facilitar el proceso para la incorporación del ente que, de sí, vendrá a la luz del día.

Muy especialmente en el periodo hasta el 3er mes de gestación, sería deseable que, todos los días (y en especial, si es posible, antes de ir a dormir), observase algunas reglas equilibradoras del flujo y circulación de energías. Es en ese periodo que, en el feto, los cromosomas heredados se organizarán y coordinarán, asumiendo una específica actividad eléctrica, auto-activándose y despertando.

Si esa coordinación y equilibrio no aconteciesen, diferentes anomalías físicas o psíquico-mentales pueden (eventualmente) ocurrir en el futuro, estigmatizándose a partir de diferentes bloqueos e insuficiencias. Es, pues, absolutamente vital que los flujos energéticos circulen sin interrupción y de forma ordenada.

*

En los días de hoy, con la presión de los ritmos y de las imposiciones sociales establecidas, las personas, no saben ya más empezar el día – despertar y levantarse – de forma saludable y con naturalidad: son esclavas obedientes de un despertador y, en muchos casos, se comportan como autómatas alucinados, programados para “disparar” (como si de un muelle se tratase) y salir casi violentamente de sus lechos. Tales son algunas de las consecuencias de los hábitos y condicionalismos sociales que habéis creado.

Pero es extremadamente perjudicial a la salud – tanto física como psicológica – la desobediencia e inobservación de ciertas reglas tan elementales como olvidadas o ignoradas en los cánones cotidianos de la sociedad actual: se trata de la necesidad del correcto ajuste y alineamiento de los cuerpos y, especialmente, de la eficiente energización a través del eje de la columna vertebral, al despertaros.

Un levantar brusco y una actividad precipitada, sin la adecuada y necesaria transición, constituye una gran violencia y provoca el agotamiento de las pocas energías atraídas y disponibles durante el descanso del cuerpo físico.

Es importante que el despertar y, principalmente, el levantarse sea un proceso natural y se haga con la sensata graduación. Aunque integrados y, consecuentemente, condicionados por los hábitos generalizados y absorbentes de la sociedad de nuestros días, estad atentos, al menos, para tener en cuenta algunos cuidados en esa fase crucial del día, de cuyos cuidados dependen, en mucho, las fuerzas canalizadas para el trabajo que enfrentaréis, el rendimiento de vuestra actividad y la condición y manutención de salud cotidiana.

Asimismo, al despertaros, habituaros a reconocer cuando los cuerpos están perfectamente integrados y la energía superior, fuerte y saludablemente, impregna, nutre y “estimula” vuestro vehículo físico. Si sentís debilidad y desvitalización a lo largo de la columna, quedaos un poco más en reposo (en la horizontal) para que las vinculaciones se hagan y los circuitos se establezcan, en cuanto atraéis consciente y activamente (con el pensamiento y la fuerza de voluntad) la energía, viéndola circulando e irrigando vuestra columna e irradiando hacia todo el cuerpo. Bastan dos o tres minutos para que ese alineamiento se realice.

Gran número de dolencias tienen por base la mencionada insuficiencia y desnutrición energética, “calcinando” gradualmente la columna medular, volviéndola seca, árida, estéril (perdónesenos la alusión: donde la vida tiene dificultad en “agarrar”) e inapta para después, en el transcurso de las mayores solicitaciones y actividades del día, llamar (entonces) a sí, debidamente, el flujo energético superior.

Las anemias, descalcificaciones, osteoporosis (hasta incluso, algunas condiciones reumáticas) y otras insuficiencias metabólicas se deben muchas veces a la incapacidad del organismo de asimilar los nutrientes externos por desmagnetización (carencia de capacidad atractiva magnética), vuelta crónica.

Fijad, pues, en vuestra columna, la íntima luz superior. Aprended a irrigarla y a atraer a vosotros esa fuerza nutriente y regeneradora. En los procesos de auto-cura, debéis comprender y prestar atención a la importancia de la observación de ritmo en esta práctica; por eso, tanto como sea posible, escoged, todos los días, siempre las mismas horas (independientemente del número de veces diarias que la realizaseis). La inducción cadenciada de una energía produce resultados perennes y más incisivos y vigorosos.

En resumen, visualizad y (sentid) un caudal de esa luz fluídica, bañando suavemente la columna (a partir de lo alto de la cabeza, y de ahí descendiendo y recorriendo todos los nadis, (1)); visualizad que, a partir de ella, se irradian y contemplan todos los conductos energéticos, todos los circuitos nerviosos, todos los vasos, todos los tendones, todos los órganos, todas las fibras de vuestro cuerpo físico.

(1) – *Se da el nombre de nadis a los plexos, ganglios, nudos y, en general, a todos los centros de fuerza vital y nerviosa del cuerpo. Los nadis sagrados son aquellos que corren a lo largo del sushuma (el eje de corriente espiritual, que impregna la columna medular) y por encima de él.*

*

El proceso natural para el disfrute pleno de la salud depende, en gran medida, de la “velocidad” y cualidad metabólicas (desobstructoras y potenciadoras de siempre renovadas y más amplias expansiones de consciencia). Depende igualmente, y en consecuencia, de la pureza y superioridad de los materiales atraídos (por la constante y caracterizada focalización de la consciencia en más elevadas bandas de frecuencia vibratoria) para la constitución y manutención de los cuerpos de la personalidad. Ese estado natural y permanente de una consciencia sublimada determina, de igual modo, la mayor abertura de los chakras y su correspondiente intensidad vibratoria.

El proceso terapéutico más seguro para que la salud retorne, consiste en la evocación (visualización) de la pura luz superior irradiando, vitalizando y purificando plenamente los vórtices y los circuitos etéricos, con la consecuente atracción y polarización de los diversos materiales energética y cualitativamente superiores, proveyendo así la renovación y nutrición de los diferentes cuerpos. No olvidéis que los miedos, las angustias, las envidias, maledicencias, traumas, etc., polarizan y pueden engendrar pequeños nódulos y bloqueos energéticos (porque de baja velocidad vibratoria) que densifican y obstruyen el pasaje de la luz – de la cual depende la vida y la manutención del cuerpo físico. También, relativamente al periodo de gestación, pequeñas conjunciones y accidentes de este género pueden constituir factor de surgimiento del llamado mongolismo. En este caso uno de los cromosomas no se “abrió”, permaneciendo en estado de latencia o de “ensimismamiento” (condensación). Es preciso que todos los cromosomas despierten armoniosamente, cumpliendo su inestimable e insustituible papel en la encarnación y en la economía de organismo en formación.

Los periodos de Luna llena y Luna nueva deberían ser épocas privilegiadas de respeto y observancia de todas estas reglas enunciadas y de otras más (señalada y particularmente, en la gestación). Recomendamos, en especial, la total abstención de la ingestión de carne y de otros productos tóxicos; la ingestión de algunas tisanas calmantes y purificadoras, el ejercicio cuidadoso de la invocación y emersión de la luz.

*

Se constata, igualmente, que las densas condiciones del “pensamiento concreto” que la Humanidad, por regla general (aún) no consiguió superar, constituyen una atmósfera demasiado polucionada para que sus utilizadores habituales puedan usufructuar de una visión segura, clara y desobstruida – de orden, de equilibrio, de armonía y de salud. Solamente los que suelen erguirse por “encima” de esos niveles hacia otros más generales, unificadores y espiritualizados, más allá de las nubes tempestuosas del pensamiento pesado y remolineante, pueden gozar del acceso a un conocimiento nuevo.

Cuanto más elevadas son las realidades aprehensibles a contactar, se necesita, correspondientemente, desarrollar y conquistar una instrumentación mental más sutil. Tales mecanismos implican una velocidad eléctrica y metabólica específica y potenciada, lo que, por si solo, y en este particular, opera como aspensor, como barredor de las materias residuales (limpiando así y manteniendo cristalino el terreno). Se trata de un fenómeno relativamente semejante al de la agitación y afluencia de las líneas de fuerza del agua en ebullición. La **constancia** de ese movimiento vibratorio o de esa actividad superior es muy importante en la conquista de la salud de un todo corporal integrado.

Desde el plano donde la Conciencia está polarizada, va progresivamente subordinando a sí todos los elementos inferiores a ese mismo plano.

Por eso, focalizad superiormente vuestra consciencia y, desde los niveles más elevados que hubiéseis podido alcanzar, iluminad los más diversos “escondrijos” de vosotros mismos – aprendiendo, así, a comandar cada uno de vuestros pensamientos y emociones, asimismo como cada uno de vuestros átomos físicos.

Disciplinaos. Hacer de vuestros cuerpos inferiores instrumentos hábiles y eficientes al servicio de la Divinidad latente en todos los seres. De ese modo, seréis útiles no solo a vosotros sino a todos. Cuidad de que vuestra construcción interior se haga en armonía y equilibrio con vuestra utilidad exterior. Hacedlo, empero, de forma desintoxicada y libre: que no constituya una obsesión más, en nombre del egoísmo personalista enmascarado con rótulos de espiritualidad.

*

Como vimos, la utilización y elevación del pensamiento constituyen, así, una base fundamental para el establecimiento de una buena salud.

La polarización habitual en pensamientos de orden abarcante, inegoistas y universalistas ejercen en el interior del organismo una fuerza centrífuga – o sea, de descongestionamiento y de expansión.

Al revés, los pensamientos de índole (tendencialmente) individualista y autocentrada ejercen una fuerza centrípeta siendo, por eso, limitativos, congestionantes y conducentes a un estado de morbilidad crónica, de estancamiento (sedimentación) y cristalización de humores. Esta condición propicia el terreno para el surgimiento de enfermedades de tipo cancerígeno (nodulares), particularmente las incidentes en el tracto digestivo, y también, entre otras varias, las de tipo cardíaco y tipo neurológico.

Por cada uno de vosotros y por la Humanidad como un todo os recomiendo que os liberéis de todos los pensamientos egoísticos. Intentad no autopenalizaros ni lastimar. Elegid pensamientos positivos, amplios, alegres y que, tendencialmente, beneficien y abarquen a todos los que os rodean. Cread nuevos hábitos de pensamiento y de utilidad más colectivos, más transpersonales. Al principio, esto os podrá parecer difícil, pero irá progresivamente dejando de serlo a medida que aprendáis, determinada y realmente el camino del Amor....

*

Las violentaciones y artificialidades más o menos temerarias y arbitrarias que, en el último siglo, vienen siendo introducidas en la balanza del sistema inmunitario – ingestión caótica y frecuentemente injustificada de antibióticos, ingestión de inmuno-depresores, abuso de antipiréticos (supresores de la fiebre, cuando esta, en verdad, es un factor natural de defensa y expulsión de humores infecciosos que solo en casos más graves debe ser artificialmente impedida) – están, en gran medida, en el origen del posterior desarrollo, instauración y, hasta, mutación, de nuevos virus (en un terreno generalizadamente propicio, porque vuelto débil y eléctricamente negativo). Es un campo que justifica la más cuidada atención e investigación – y entre los lectores de esta obra (multiplicados en el espacio y en el tiempo) habrá quien, con autoridad, conocimiento de causa y competencia especializada, pueda alertar e impulsar decisivamente.

Las emanaciones “áuricas” propias de cada estado y grado en la escala vibratoria de la consciencia son atractivas de diferentes formas de vida, más o menos complejas, más o menos resistentes, más o menos parasitarias, con mayor o menor índice de peligrosidad para el “hospedero”. Sucede, también, que las adulteraciones humorales producidas en las reacciones a los químicos pueden servir de pasto para la fertilización y favorecimiento de peligrosas mutaciones de micro-organismos que, antes, eran (o serían) relativamente inofensivos, en el interior del cuerpo humano.

Todos los organismos vivos dependen de un medio ambiente adecuado para poder subsistir; modifíquese la frecuencia vibratoria de ese ambiente y ellos, forzosa y naturalmente, sucumbirán. Las estirpes virales “S.I.D.A.”, por ejemplo, proliferan y se nutren en un medio ambiental de características emocionales excesivas (muchas veces, entretreídas en un mental concreto demasiado denso, al servicio de ese mismo emocional) o, entonces, mal dirigidas, con intervalos y sin definición (con débil o incipientemente formada identidad, como la de los niños, especialmente). Enriquezcase la polarización de la consciencia, con intereses vibratoriamente superiores, con una edificación moral (entendedme: no hablo de anquilosados convencionalismos moralistas sino, si, de una ética viva y universalista), con una integración y una complementariedad humanas, en lugar de ceder al competitivismo instaurado y generalizado – y la salud y la robustez física, intelectual y emocional volverán al seno de la especie humana.

La imaginación – la libre y volitiva arquitectación creadora del pensamiento – es, igualmente, piedra básica para una buena salud y para el favorecimiento del desarrollo del “Yo”, como entidad espiritual. Ella crea la inspiración y los conductos para una necesaria y armoniosa circulación de las energías.

Permitir que los niños sean condicionados y conducidos por apretados laberintos del pensamiento – como los que, esencialmente, son suscitados por la demasiada y, cuantas veces, viciosa permanencia frente a una pantalla de televisión – significa esclavizarles la potencia del pensamiento, cristalizándolo, densificándolo y limitándolo.

Al revés, el hábito (desgraciadamente, en desuso) de buenas lecturas, o, anteriormente, de recreación de fantasías e historias constructivas, promueve un desarrollo y un incentivo deseables a la libre creación imaginativa; siembra correctas bases para un ulterior fortalecimiento, pujanza y expansión del pensamiento y de la capacidad asociativa. Esta última es sumamente importante (y, en consecuencia, deseablemente cultivable) como implemento para la inteligencia abstracta, plataforma superior y más sutil que la del pensamiento limitado en las formas – el pensamiento concreto.

Deteneos un poco y observad como los niños de hoy se sienten perdidos y no se saben ocupar cuando no tienen a mano un entretenimiento externo. Les fue amputado el gusto por el esfuerzo y por el ejercicio mental y se sienten paralizados e inaptos para la libre (y propia) creación imaginativa. Cada vez más, ellos se van atrofiando en la capacidad de soñar, de “volar alto” en direcciones desconocidas; en vez de eso, quedan a merced del parco gusto condicionado por un juguete, frecuentemente un juguete ilustrador y fortalecedor de una mentalidad sórdidamente materialista (cuando no, belicosa) que – entre las muchas otras deformadas e imposturas insignias e instrumentaciones vigentes en esta época – les moldea y les hace creer que todos esos valores infundidos y representados son normales, buenos, inofensivos y válidos.

La crudeza de la violencia y de la sexualidad artificial y desamorosa están patentes en todo, deformando brutalmente (¡y con que consecuencias!) la tierna personalidad de los más jóvenes. Si, hay mucha violencia (tanto física como psicológica) en el mundo; hay mucha práctica sexual gratuita y puramente egoísta – pero, nada justifica tanto énfasis (¡tanta explotación!) como la que les es dada por los medios de comunicación masiva, por centenas y centenas de films y de revistas en que críminosamente se gastan fortunas gigantescas, ríos y ríos de dinero.

Y es ese dinero, esa misma energía, que podría (debería) alimentar o incentivar tantas obras dignas y esforzadamente dedicadas a la elevación de la Humanidad, que podría suplir tantas necesidades reales y justas, corregir tantas miserias del cuerpo y del alma!

Podrá haber quien (tal vez para aliviar el peso de su pequeña parte alicuota de culpa, por acción u omisión) nos acuse de moralismo barato; pero no quién, en plena consciencia, pueda afirmar que estas no son palabras de verdad y de justicia.

PAZ

Os doy una llave para la paz: **sencillez**. No habrá paz en la Tierra mientras los hombres no abduquen de los artificialismos, de las convenciones sociales infundadas, de las complicadas maniobras para obtener posición y poder, de los laberintos de la sofisticada ilusión que han creado, de las susceptibilidades exacerbadas por el excesivo cuidado con sus propias personalidades, de los exhibicionismos de las poses, de los estilos, de la fuerza y de la pretendida superioridad.

No habrá paz en la Tierra mientras los hombres no puedan amar espontáneamente, sin medir estatutos y grandeza, sin defender posiciones propias o codiciar las ajenas, sin reservas ni fingimientos, sin repugnancias ni aires afectados, sin ostentaciones ni envidias.

No habrá paz en la Tierra, mientras los hombres no comprendan que es la misma Vida la que en todos palpita y, por eso, cuan estériles, cuan frágiles e infundados son los pensamientos que catalogan diferencias formales, que separan odiosamente razas y castas, niveles sociales y etiquetas de buenas o rudas maneras; cuan absurdamente complicado, pervertido y rebuscado es pretender alguien ser más que alguien, es pretender alguien tener más que alguien, es pretender alguien subir más que alguien en los pobres criterios de la visión material de las cosas. Por eso fue dicho – y repito: “Bienaventurados los que tienen un corazón de pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos”!, (Mateo, V,3.)

No habrá paz en el mundo, mientras haya falta de escrúpulos – en las pequeñas cosas como en las grandes cosas, en los asuntos personales de día a día, como en los asuntos de los estados y de las relaciones entre países.

No habrá paz en el mundo mientras haya mentiras, subterfugios y malévolas intenciones para subir en los empleos y en la escala social, para forjar una imagen de seriedad que realmente no se tiene, para que, haciéndose el mal, se enarbole el papel de víctima.

No habrá paz en el mundo mientras se capitule ante el mal, por simple comodismo, por cobardía o por liviandad!

No habrá paz en la Tierra mientras, por acción o por omisión, haya sujetos y cómplices - **¡y cómplices!** – de la agresión, de la usurpación, de la negación de la igualdad e identidad fundamental de todos los seres.

No habrá paz en la Tierra mientras alguien se considere dueño (o con derecho a abusar) de otros hombres, o violentar animales gratuitamente, o pretender esclavizar, forzar y prostituir la Naturaleza. No habrá paz en la Tierra mientras se pisoteen los derechos humanos y de la Vida – mejor dicho, la dignidad del Hombre y de la Vida – y se niegue (o reniegue, por mal uso), la Sagrada Libertad. No habrá paz en la Tierra mientras no haya Justicia. No habrá paz en la Tierra mientras no haya Perdón. No habrá paz en la Tierra mientras no haya paz en los corazones, **¡EN TODOS LOS CORAZONES!**

Si, solo habrá paz en la Tierra cuando todos los hombres amen sencilla y espontáneamente, sin condiciones ni el peso de conveniencias e intereses, sin pretender ser más de lo que son. Solo habrá paz en el Universo cuando todos los seres hayan reintegrado en su corazón – poniendo término a cualquier separatividad y fronteras – los seres todos del Universo, no importa cual sea su forma de manifestación, o su estatuto evolutivo, intelectual o social.

Mientras así no fuera, no habrá marchas pacifistas (eventualmente, de relativa utilidad), ni golpes en el pecho o poses externas beatíficas, ni declaraciones teatrales, que instauren la verdadera paz, integral para todos, en el mundo.

Observad: al redactar estas palabras, está terminando un año más y empezando otro nuevo. Por todo el planeta, hay fiestas, celebraciones, gritos y serpentinas, exultaciones y abrazos. En medio de la euforia, se profieren muchos deseos, se cambian votos y buenos augurios y se alude a un feliz año nuevo, de alegría y salud, de prosperidad y fraternidad y de paz. ¡DE PAZ!. Y mientras habla de Paz en medio de una fiesta que le costó una fortuna, hay quien debe varios meses de salarios a los trabajadores de su empresa. Y hay quien festeja con el dinero desviado al patrón honesto y bondadoso, que siempre lo ayudará. Y hay quien tiene el corazón lleno de rencor y de despecho, porque en la misma o en otra fiesta, alguien está teniendo más éxito, es considerado más vistoso, o mejor y más apropiadamente vestido. Y hay quien, en ese mismo día, haga gasto de horas en maledicencia, además, infundada. Y hay quien, en la víspera, por expedientes y mentiras, haya saltado ilegítimamente, un grado más en cualquier contexto. Y hay quien, media hora antes, haya tratado con falta de respeto y desprecio – vejatoriamente – a la persona encargada de servir la mesa. Y hay quien, minutos antes, haya herido y amargado sin necesidad e, indiferente, se haya olvidado. Y hay gobiernos que promueven opíparos festejos para su pueblo y, al mismo tiempo, continúan aplastando (por la fuerza militar o económica) poblaciones indefensas a las que, negándoles elementales derechos, fue impuesta... la paz, según ellos dicen!.

Es muy fácil, demasiado fácil, decir que se quiere la paz. Casi todas las personas lo dicen – porque son siempre “los otros” que hacen la guerra o violan la paz. Son siempre los otros países, las otras civilizaciones, los otros colores políticos, las otras religiones. Son siempre, y tan solo, los “hombres malos” de los gobiernos. Es más difícil e incómodo – porque exigiría un radical cambio propio – pensar que la mayor parte de las personas (por estar dotadas de idéntica psicología y de instintos semejantes) harían exactamente lo mismo, en el caso de que estuviesen en aquellos lugares en los que se movilizan ejércitos y declaran guerras entre naciones o entre distintas facciones. Es más difícil e incómodo reconocer que su indiferencia a los problemas ajenos es del mismo tenor de aquella que conduce a todo tipo de verdugos a matar, robar y torturar. Es más difícil e incómodo confesar que las grandes guerras, de las que por regla general se habla, no son más que la ampliación de los conflictos cotidianos, que todos cultivan, por razones casi siempre insignificantes (además de puramente egoísta), y que el principio generador es al final el mismo – e idénticamente reprochable. En verdad (y por ejemplo), los mismos periodistas que en sus columnas, destruyen los gobiernos o grupos beligerantes, pueden ser los mismos que desfiguran deliberada o imprudentemente la realidad, desacreditando adversarios, destruyendo injustamente idoneidades verdaderas y promoviendo reputaciones infundadas. Innumerables veces, incontables seres humanos repiten proclamaciones de paz llenas de vacuidad, agresividad y falta de respeto. **“Por estas razones, bendecidos, verdaderamente bendecidos sean – y son – los que efectivamente trabajan por la paz.**

Los que negocian la paz son casi siempre acusados de hipocresía, de indiferencia, de calculismo y de segundas intenciones. A veces, es realmente así. No obstante, existen muchos mediadores que son realmente hombres de paz, dotados de honestidad, buena voluntad – **la gran precursora de la paz** – y, hasta, verdadera inspiración. Frente a la inmadurez y a los generalizados instintos bélicos (aunque camuflados por el barniz social de las buenas maneras o de las conveniencias) de la mayor parte de los hombres de todas las razas, naciones, partidos, clases sociales o religiones, su realismo es señal de consciencia y de buen sentido y, no, de hipocresía o frialdad.

Sus esfuerzos podrán, en muchos casos, revelarse, desde el punto de vista inmediato, inútiles. Incluso las pacificaciones alcanzadas, además de puramente localizadas, son con frecuencia provisionales y temporales, porque superficiales. Repetimos: no habrá realmente paz en la Tierra, mientras haya guerra en los corazones. Sin embargo, estos acentos de paz, esas señales de esperanza, representan una importante y poderosa inspiración para buscar una paz más generalizada y profunda. Significan una verdadera y práctica “educación para la paz”. La Humanidad, a través de siglos y siglos, se habituó al conflicto y a la violencia; por eso, es del mayor valor tener la oportunidad de experimentar igualmente una vivencia de “paz”, aunque temporaria y confinada a flor de piel.

De este modo, exhortamos y bendecimos, también, a los que se esfuerzan en vivir y crear la paz en su propio mundo, desde que no pierdan la consciencia del deber de trabajar para expandir esa paz (por más lento que sea ese proceso) y de que solo en la consumación de la paz en todo el Universo y en todas las “criaturas”, cada unidad de vida encontrará la paz definitiva y perfecta. ¿Puede alguien considerarse en esta de perfecta limpieza, cuando está rodeado de inmundicia? Y, ¿puede alguien considerarse plenamente alegre, si está rodeado de sufrimiento e infelicidad?. Ciertamente que no. Pero, el anhelo de conquistar la paz para poder vislumbrar una clara y lúcida comprensión de la realidad, para no contribuir más a la violencia y a la agresión y para obtener las condiciones para mostrar a “otros”, con toda la fuerza del alma, el camino para una idéntica visión clara y para una idéntica vivencia de paz, representa una aspiración justa, legítima y merecedora de estímulo.

Por eso, recomendamos una pequeña práctica, el más sencillo de los métodos auxiliares para inducir la comprensión y vivencia posibles de la paz. He lo aquí, en trazos esquemáticos:

Sentid, vívidamente, el anhelo de la paz, de una armonía y de una dulzura más allá de todas las circunstancias. Relajaos y, sin teatralidades ni afectaciones, sencillamente cerrad los ojos. Tomad consciencia de vuestra respiración, maravillosa reproducción de un ritmo cósmico. Sentid, entonces, que en plena consciencia, accedéis a un mundo de plenitud, de vibración ininterrumpida, de maravillosa e inalterable constancia, de indistinción ante todos los seres y todos los acontecimientos (sean ellos aparentemente, buenos

o malos, favorables o adversos, felices o desagradables). Entonces, mientras inspiráis suavemente, tomad conciencia de esa blanca paz – que trasciende la comprensión de todo el intelecto – y sentíos en ella. Podéis, entonces, retener por un instante la respiración, identificándoos más plenamente con esa paz, mientras, no confiriendo a eso demasiado artificio, podéis repetir interiormente: “Yo estoy en Paz, porque se que Soy; Soy Uno con todas las cosas y en todas las cosas hay un punto de Paz”. En seguida, expirad suavemente y sentid y visualizad que esa paz desciende por toda vuestra forma, impregnándola totalmente y desvaneciendo todos los nudos y congestiones. Sentid que, en ese instante, amáis verdaderamente a todos los seres, cualesquieran que sean, donde quieran que estén, poco importa lo que haya acontecido o vaya a suceder.

... Respira.
Deja que luz penetre en ti...
que se expanda y que te incluya
haciendo de ti su morada.

Para eso,
tendrá de haber tu consentimiento.
Y es preciso ser claro, constante e incisivo en ese querer.

Únete a la fuente superior, al romper de la aurora –
que hiciste nacer en el Norte, de tu Cielo.
Que la luz se derrame y, por la fuerza de tu querer,
toque y contagie el amor a los demás seres.

Id y contad, repercutiendo, la Buena-Nueva.
Un Universo nace – todos los días –
en cada corazón que se despierta
y venciendo, al fin, la esclavitud del odio,
pacífica en sí el mundo entero...

Acordaos bien como habéis sentido que hay un mundo, un océano de energía que os une a todo, porque todo es manifestación del Ser Ilimitado, porque todo es vibración de la misma Vida, porque todo es expresión de la misma Ley sustentadora.

En verdad, la paz proviene del ajustamiento a la Ley. Aprended a oír la voz de esa Ley – la Ley de todas las cosas -. Escuchadla, confiad en ella y obedecedla dulcemente, fielmente.

La dureza de los hábitos sociales ofrece una casi implacable resistencia a la penetración de las suaves emanaciones superiores. Nada de su perfume puede llegar hasta vosotros mientras no se rompa el caparazón opaco y denso que continúa formándose en la aureola de esta civilización. Pero, en un esfuerzo de lúcida voluntad, disgregadla, desembaraos de ella. Disolved el torbellino que os envuelve y se os agarra... y limpiad todo el aire que os perturba. Ayudad a vuestros compañeros de jornada a ver mejor; Ayudadlos a observar que hay un Cielo detrás de las nubes y que – si realmente queréis – os podéis erguir hasta él.

En esta senda, se anhela la comprensión de que todas las expresiones de la Vida Una son preciosas y provistas, intrínseca y esencialmente, de la misma dignidad.

¿Sois, por ventura, más inteligentes que los demás?.

No penséis mucho en eso, pero utilizad creativamente esa capacidad para el interés de todos.

¿Estáis, por ventura, dotados de un cuerpo más armonioso y más bonito del que otros (aunque solo de acuerdo con padrones temporales y pasajeros)? Vedlo como simple y limitado espejo de una Belleza más amplia y universal y buscad ahí inspiración para que se haga la Belleza en todo y en todos, en cualquiera de los niveles de manifestación.

¿Sois, por ventura, detentores de más riqueza material o de mayor influencia social que la de los demás?. Pensad bien en el uso que le habéis dado y si les habéis hecho corresponder una legitimidad moral hecha de inegoísmo y respeto por quien está hoy en posiciones que pueden haber sido las vuestras antaño – o ¿quién sabe? – las de mañana.

¿Sois, por ventura, más avanzados espiritualmente que los otros? Jamás os enorgullezcáis de esa conquista – la distancia que os puede separar de los demás hombres es mucho menor que la distancia que os aparta de otros seres encima de vosotros – y no desbaratéis en narcisismos el tiempo y la energía que debéis dedicar al auxilio a la evolución de vuestros menos lúcidos compañeros – al final, hermanos en la misma Vida.

¿Sois, por ventura, de una nación más poderosa y rica que las otras? Medid cuidadosamente la artificialidad de las fronteras, considerad si es justo que los bienes (de la Tierra, Madre de todos) sobren a unos y escaseen a otros y haced que vuestro mayor desarrollo (material o moral), vuestra mayor prosperidad, vuestra fuerza más pujante puedan beneficiar a todos, sin contrapartidas leoninas o encubiertas. Recordad que civilizaciones, pueblos y naciones que dominaron el planeta o grandes extensiones territoriales y marítimas, que vivieron en prominencia y abundancia, decayeron a la casi obscuridad o desaparecieron ya, incluso, restando poco más, visiblemente, que ruinas. Cuando la Nación-Tierra hubiera surgido y sido consolidada, la historia destacará en

letras de oro, en el pasado de las naciones, aquellas que más comunión, fraternidad, verdadera alegría y real elevación hayan prodigado – y no, simplemente, las más poderosas, las más ricas, las de fronteras más amplias -.

Hace milenios que la Gran Hermandad sabía que solamente en esta época que inmediatamente se aproxima sería posible el despuntar de la primera forma de Gobierno Mundial. Se sabía que era una premisa absolutamente necesaria y fundamental el asomar de un número significativo de representantes de la Humanidad a la consciencia (y al inherente posicionamiento en la escalada vibratoria de la substancia) de los planos llamados “sin forma”. Abstractos o espirituales, de los mundos de la homogeneidad, de la armonía – aquellos, únicamente “donde” el Ser vivencia, comulga y experimenta la Realidad -.

En la estructuración y en el cumplimiento del Plan evolutivo, nada es dejado al azar. La Gran Lectura de ese Plan por la Fraternidad Viviente que gobierna ocultamente el planeta (o, más allá, el Sistema) es hecha sabia y fielmente para guiar y promover los impulsos y los apoyos necesarios a este lento y aún balbuceante caminar de la Humanidad infante.

Del mismo modo que el jardinero sabe en que época del año deberá sembrar las simientes a la Tierra y cuando el pequeño brote deberá de ellas despuntar, los jardineros cosmológicos –los jardineros del Espíritu – conocen con fidelidad y exactitud el plan de las estaciones de la vida espiritual y, fertilizando la Tierra – los cuerpos de la personalidad y el mar de los mundos vibratorios donde se nutren y están inmersos -, actúan de acuerdo con los dictámenes divinos.

Ellos saben que vamos emergiendo lentamente del seno de la tierra – recorriendo y cruzando los diferentes planos y subplanos de los mundos formales – para, finalmente, despuntar para la luz y para la libertad, para el aire luminoso y dilatado de los planos superiores, que están directamente envueltos en los rayos gloriosos del sol espiritual.

Se siembra en los planos telúricos, en los tres mundos de la forma – no solo el físico sino, también, el emocional (astral) y mental – donde el alma cíclicamente se sumerge, encarnando; la cosecha se hace en los planos superiores, en los mundos supraformales, en las regiones celestiales aludidas en las diversas religiones.

De hecho, una notable madurez de consciencia converge en esta época, al empezar a despertar, en un número significativo de seres humanos, la capacidad de pensar abstractamente – o sea en términos amplios y abarcantes – y de amar con amplitud, más allá de los prejuicios personales, familiares, de casta o de nacionalidad. Ello es, verdaderamente, una esperanza fundamentada de una paz futura.

Así, haced de la universalidad – del reencuentro de todos los anhelos justos y legítimos – vuestra bandera. Amad sin mensurar el amor, amad con profusión y con amplitud, amad infinitamente lo infinito en todas sus expresiones finitas – reconociendo lo Absoluto en todas sus expresiones relativas.

Confiad en la Justicia, porque ella es la exteriorización, el vehículo de la Verdad – y en esta reside la Armonía, El Equilibrio de todo lo que Es.

Compartid libremente la vida y el reconocimiento de su prodigalidad, eliminando cálculos de intereses, temores y celos, artificios y barreras. Escuchad el silencio que os dice que la vida palpita en vosotros, como palpita en todos los seres, impregnando todo el espacio y rigiendo todo por las mismas leyes universales. Todas las expresiones de Vida son gotas de ese inmenso Océano de Ser – y el Océano, que es común, no es menos real que cada una de las gotas -.

El destino de cada una de las gotas es, permaneciendo gotas, volverse océano. En la comprensión de esta verdad milenariamente anunciada, pero raramente alcanzada, reside el fundamento de la verdadera Paz, que es “identificación con el ritmo cósmico”, (“Las Nuevas Escrituras, Vol. II – Mensajes de los Avatares Invisibles), que es equilibrio de Dar y Recibir, que es una consumación de Ser, que es plenitud de Vida.

FIN

* * *

**Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Digitalización: José Manuel L.L. (España) - Revisión y Edición Electrónica de Hernán.
Rosario - Argentina
25 de Septiembre 2003 – 14:02**